

Resucitemos en comunidad

CARTAS DE PASCUA



COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

Severino Calderón Martínez



INTRODUCCIÓN

Querido lector: paz y bien.

Este libro que tienes en tus manos recoge las cartas de Pascua y el itinerario de una comunidad laical franciscana que celebra treinta años de vida fraterna en un crecimiento fecundo y provechoso de cientos de jóvenes –algunos no tan jóvenes ya– con los que hacemos camino.

Nuestra vocación, nuestra tarea, nuestra fidelidad y nuestro amor grande a los jóvenes es también garantía de que los jóvenes de hoy, como los de todos los tiempos, pueden encontrarse en la Iglesia con Jesús, Señor y Salvador, y con Francisco de Asís, testigo cualificado en el seguimiento del Maestro. Lo ofrecemos con el deseo de construir y enriquecer la Iglesia con lo mejor de sus vidas y procesos de fe.

Más de diez lustros celebrando al Dios de la Vida, en Pascuas juveniles y escribiendo a los jóvenes preferentemente para manifestarles que hay razones para creer, razones para esperar y razones para amar desde la fuerza del Espíritu del Resucitado, que nos anima a vivir en libertad y fraternidad.

Cada carta está escrita desde la vida de la fraternidad, que crece y gusta el don de la vocación, que se desarrolla como la semilla en tierra fértil (Mt 13,3-9.18-23), para vivir una pasión que, ofrecida desde el acompañamiento y la misión, se deriva de las exigencias del Reino. Todo amasado desde la realidad de la vida contemplativa clariana de las religiosas de Alhama y el acompañamiento a algunos núcleos del mundo rural, con sus gentes y sacerdotes de la diócesis de Guadix-Baza, con los que compartimos algunas parábolas de la vida cotidiana.

En las cartas rezuman temas relacionados con Dios y las experiencias gozosas de su paternidad-maternidad, hecha vida en la espiritualidad del Pobre de Asís y su tradición. No faltan los temas del Espíritu, la Iglesia, la fraternidad, la minoridad y los pobres. Todo desde la necesidad de hacer propuestas evangélicas creadoras de liberación y portadoras de buenas noticias.

Las cartas se escriben al hilo de los eventos más relevantes que vive la Iglesia en los momentos actuales, haciendo una síntesis de lo que significa hoy ser creadores de fraternidad, recibiendo la ternura de Dios y ofreciendo la «fraternura» humana. Nos tocan tiempos de vivir la fe a la intemperie y en incertidumbre; pero, arraigados en Jesucristo, el camino se hace ligero, porque de él escuchamos esta palabra de vida: caminante, sí hay camino, Jesús es el Camino.

Todo es gracia, todo es don; llamada a la esperanza creativa, a la amistad como manera de ser y estar en el mundo, a la itinerancia por el camino de los jóvenes, donde sin querer sueñas con una Iglesia misterio, comunión, misión y Pueblo de Dios, más convertida, más «pequeña», más comprometida, más profética, que promueve el protagonismo de los laicos, de la mujer y de los jóvenes con gestos concretos y se pierde e identifica solo con el Reino, que es lo que Jesús predicó.

Lo que se cuenta en estas cartas es la actitud del caminante, la postura convertida, la mirada, la búsqueda, el intento, la humildad de la verdad del joven, del débil, pero que sabe de quién se ha fiado. Y, lleno de esperanza, soñando utopías, sigue el camino y quiere compartir las lecciones de ese camino, las torpezas, los anhelos, los vacíos y los baches, y también los días de despertar primaveral, que alumbran al caminante y que se encuentran con el Caminante mayor y primero, que nos permite soñar caminos nuevos de una nueva humanidad resucitada y resucitadora.

A las cartas hemos añadido una serie de oraciones, textos y plegarias acordes al contenido del mensaje escrito, así como cuestiones para pensar y dialogar que consideramos útiles para animar la fe de los jóvenes y de las comunidades fraternas.

Estos textos orantes tienen procedencia muy variada. Unas veces ha sido fácil identificar su autor. Otras no, por haber sido tomadas de otras publicaciones que no citaban su autoría.

En todo caso, nuestro agradecimiento a los que han expresado su fe en esos textos, y les pido disculpas si encuentran aquí algo suyo que, por mi desconocimiento, no he podido citar. Que el ayudar a otros a expresar y animar su fe sea para ellos el mejor reconocimiento. Esta tarea modesta de entresacar textos se verá recompensada si contribuye a sazonar el pan de las fraternidades, que en la resurrección iluminan su peregrinar creyente.

Acabo estas líneas primeras recordando al lector que la Pascua siempre ha sido una etapa muy relevante del camino que nos ha avivado la fe, nos ha fortalecido la esperanza y nos ha comprometido en favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación. Gracias a nuestro buen amigo y obispo Nicolás Castellanos, al Grupo de San Francisco y al hermano Julián Bartolomé Ribera, que ha leído y releído estas cartas antes de que salieran a la luz, al igual que otros amigos que han tenido a bien aportar sus ideas para que el lector disfrute de cómo se hace y se vive en comunidad de resucitados.

SEVERINO CALDERÓN MARTÍNEZ, OFM

CRISTO RESUCITADO COMPROMETE AL CREYENTE (Pascua de 1984)

Jesucristo es Señor; por eso, ¡alégrate!

El Señor es el fundamento, el fin y el destino del hombre, del mundo y de la historia (Col 1,13-20). Él es el único fundamento sobre el que podemos ser edificados (Hch 4,9-12). Y nosotros, casi sin darnos cuenta, somos edificados por Dios. De una forma inesperada nos hemos introducido en un camino de búsqueda que posiblemente no sospechábamos. Tras unos años de encuentros continuados nos hemos hallado, graciosamente, entre los pobres. ¿Será esa la tarea que se nos encomienda en la búsqueda del Dios vivo?

Comenzamos programando el curso con diferentes ministerios o servicios de cara a la comunidad: «Debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn 13,14). Hemos mantenido la oración semana tras semana. Los retiros nos han introducido en una dinámica de renovación permanente, renovados por la fuerza del Espíritu. La eucaristía nos ha reunido para vivir y celebrar el mismo proyecto que llevó a Jesús a tener que celebrar su cena de despedida (1 Cor 11,24-25). Acompañamos a otras generaciones en la oración de la noche —«Semana de la Unidad»—, abriendo las puertas al Redentor. Casi a la par hicimos un camino misionero desde la pequeña comunidad de jóvenes, abriéndonos a otras comunidades. Jesús animó nuestra fiesta. Con él hicimos un trayecto y descubrimos el gozo de una permanente peregrinación. ¿Adónde nos lleva nuestro peregrinar de Dios? Nos hemos parado varias veces para revisar el camino andado y ser más fieles al seguimiento de Jesús. Cada semana nos hemos reunido para profundizar en la fe a través de un proceso catecumenal, con el fin de «dar razón de nuestra esperanza a todo aquel que la pida» (1 Pe 3,15). Hemos animado la eucaristía de cada domingo, donde hemos dicho una palabra concreta a los creyentes.

Esta Pascua hemos descubierto que hay muchos sectores de Iglesia que esperan una palabra de aliento. Existen los niños que cada día abren el oído con sencillez. Los adolescentes que caminan sin ver del todo claro. Los jóvenes que, ante la impotencia, se cierran en sí mismos y bailan al son que les tocan. Los adultos que todavía no han encontrado el lugar donde servir con fidelidad y coherencia. Los ancianos que, porque saben que no son santos, se consideran pecadores. Cuántas generaciones esperan una palabra, un gesto, un

detalle... ¿Serás tú el enviado a ellos? Hay una Iglesia en camino. Pero tú, ¿estás dispuesto a ver resucitar a Cristo desde los pobres? Porque Jesús, el «Sandalias», vive entre nosotros; ya no estamos huérfanos: «No os dejaré huérfanos» (Jn 14,13). La vida del creyente es experiencia compartida con el Resucitado. Cristo camina siempre a nuestro lado, aunque a veces no nos demos cuenta. En el creyente en Jesús se actualiza cada día la vida, la muerte, la resurrección (2 Tim 2,8-13). Jesús está todos los días con nosotros (Mt 23,20). ¿Por qué temes? Recuerda el canto de santa Teresa: «No hay que temer, no durmáis, pues que no hay paz en la tierra, aventuremos la vida».

Desde Cristo resucitado limpiamos nuestras asperezas y vemos a los pobres tal y como son. Descubrimos a Cristo en cada hermano, en cada rostro humano. En los hombres y mujeres de nuestros pueblos hemos descubierto la alegría del compartir. Tú, introducido en un sistema de consumo, ¿podrás vivir con ellos en comunión?, ¿harás de tu casa un lugar de puertas abiertas? Tú, que no puedes vivir su soledad, ¿tendrás una oración sincera y solidaria? Cada vez que acogemos al hermano acogemos a Cristo (Mt 23,40), un Cristo que vive en Dios. ¿Por dónde continuar?...

Muchas cosas se nos han dicho: hay pobreza, soledad, marginación, droga, enfermedad, emigración, paro... Existe la Iglesia donde muchos jóvenes quieren vivir, ¿quién les dirá que Cristo es el Señor? Saben que la fe llega por la palabra, ¿quién les hablará mañana y pasado?, ¿quién compartirá el pan y el paseo?

A lo largo del curso hemos vivido diferentes experiencias que nos han manifestado que Jesucristo es Señor de vivos y muertos, ¿de qué ha de ser signo el peregrinar de algunos de vosotros?, ¿y la pequeña casa que, con la fuerza del Espíritu, se convertirá pronto en pequeña Iglesia doméstica?

Cristo resucitado compromete al creyente. Él es la luz que alumbra el sendero. Él es la Pascua, y esa es nuestra alegría desbordante.

La Pascua compromete al creyente. En Cristo resucitado, el creyente es llevado a un mundo lleno de posibilidades y compromisos. ¿Cómo trabajar en la construcción del nuevo Reino?

Como los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), nosotros muchas veces estamos desalentados, desconcertados, sin esperanza. Jesús, tomando una vez más la iniciativa, sale al encuentro y así nos abrimos poco a poco a la comunicación con él, le escuchamos, nos dejamos interpelar, y en este proceso llegamos al total encuentro con él por la acción de la palabra, la celebración de la fe, el testimonio y el anuncio. Como ellos, nosotros nos convertimos en testigos de la resurrección.

Hagamos de nuestra vida, como el hermano Francisco de Asís, «un instrumento de paz», ya que no estamos amenazados de muerte. Estamos amenazados de *vida*, amenazados de *esperanza*, amenazados de *amor*.

¡No busquéis entre los muertos al que vive, ha resucitado!

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cómo comprometernos en la construcción del Reino en la vida cotidiana y desde los dones que desde el Espíritu hemos recibido?
2. ¿Hacia qué fronteras nos lleva el Resucitado como peregrinos de la fe para ser signo de su presencia en medio de nuestro pueblo?

Rincón orante

Mi prójimo es el próximo

Cada vez que yo me pregunto a quién amar,
o me debato en disquisiciones sobre cómo gastar,
o me autoconvenzo de que me han herido,
tú me propones que trate a los otros como me gustaría ser tratado.

Cada vez que quiero simplificar tu seguimiento,
me susurras al oído que puedo dar más,
que soy capaz de amar más exquisitamente,
con más ternura y entrega, con más incondicionalidad.

Cada vez que quiero meterme en una burbuja,
tú me pones cerca personas que me necesitan,
me llamas a través de los hermanos,
y no me dejas vivir tranquilo y cómodo.

Tú te las arreglas, Señor, para entretrejer mi vida con los tuyos,
para que no me aisle ni me acomode en mi bienestar.
Tú te has propuesto que viva en una historia perpetua de amor
y haces que me salgan al encuentro por todos los rincones.

Gracias, Dios mío, por tantas personas que has puesto en mi camino,
que no me han dejado indiferente, que me han desinstalado,
Que me han sacado de mi egoísmo familiar y me han hecho generoso,
atento, entregado, comprometido y universal.
Sigue así, Señor, trayéndome a los hermanos a domicilio,
que yo voy a intentar responderte y gastar lo mejor de mí en ellos.

(Mari Patxi Ayerra y Gustavo Vélez)

CRISTO ES LUCHA, CRECIMIENTO Y PROGRESO (Pascua de 1985)

Jesucristo resucitado es una fiesta permanente, por eso os repito: «Como cristianos, estad siempre alegres; os lo repito, estad alegres» (Flp 4,4). La noticia de la resurrección puso en marcha a los discípulos, que llegan hasta nosotros para gritarnos la Buena Noticia. Era verdad. Nosotros lo vimos resplandeciente y sonriente. Así que nos quitó el miedo, encendió la esperanza, hizo arder el corazón y nos regaló una paz increíble. En una palabra, nos resucitó también a nosotros.

Todos los relatos evangélicos de la resurrección son claros sobre este punto. No es en un más allá o más arriba donde Jesús resucita. Es aquí, sobre nuestra tierra y en cualquiera de sus lugares. De camino a una aldea (Lc 24), en una reunión de grupo (Mt 24,36), estando a la mesa (Mc 16,14), en el jardín (Jn 20,14) o en el lugar de trabajo (Jn 21,3).

Tras un año de crecimiento, tras la experiencia pascual de cada año, este nos hemos encontrado, gratuitamente, entre las familias que viven en cuevas y emigran cada año a países europeos para poder sobrevivir.

Y en nosotros ha vuelto a resonar el Evangelio: «El Espíritu del Señor me ha ungido para dar la Buena Noticia a los pobres...» (Lc 4,18-19). Y «agotados del camino» (Jn 4,6), y un poco despistados al amanecer, hemos pedido: «Dame que beba» (Jn 4,7), y de su abundancia nosotros «sabemos que él es realmente el Salvador del mundo» (Jn 4,42).

No solo en los momentos de oración se debe notar que es Pascua. Tenemos que dar un paso más: comenzar a hablar con libertad y alegría de nuestro modo de vivir cristiano o «hablar en cristiano» por medio de la palabra que anuncia que Cristo sigue *vivo* y nosotros ya no somos seres semimuertos, sino resucitados. Es verdad que, como comunidad, hemos crecido, de ahí que hayamos testimoniado nuestra fe en diversas ocasiones, hayamos dado razón de nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3,15). Hemos ido perdiendo miedo y hemos anunciado a otros jóvenes lo que se nos ha dado. Así, en algunas ocasiones:

- hemos hablado y celebrado la fe con nuestras familias;
- hemos anunciado la fe en la eucaristía de los domingos y animado la fiesta con música y cantos; algunos hermanos han tocado para el Señor, «porque la música es bella»;

- como preparación para la Semana Santa hemos dialogado con los jóvenes sobre lo que significa ser cristiano, viviendo en comunidad como buscadores de Dios;
- solos, con los jóvenes, durante bastante tiempo hemos anunciado lo que creíamos como creyentes, a la vez que hemos sido interpelados por sus preguntas.

Hay muchos jóvenes creyentes hoy en día que se sienten muy a gusto con un Cristo que murió y resucitó en un tiempo verbal pasado. Pero ya no saben qué hacer con un Cristo vivo en un tiempo real presente, que sigue apareciendo por nuestros pueblos, soliviantando a los pobres con ideas de justicia, igualdad, amor y fraternidad. Por eso huyen de la Iglesia, no dicen nada a nadie, para seguir buscando entre los muertos al que vive (Lc 24,6). Pero es verdad: ¡el Señor está vivo!

Cristo ha resucitado. Pero lo importante es que ha resucitado para nosotros, para nuestra comunidad. Ha resucitado:

- para que no estemos solos;
- para alegrarnos y colmar nuestra esperanza;
- para recoger y reunir a los dispersos;
- para seguir diciendo palabras de vida;
- para partir el pan con nosotros;
- para soplar sobre nosotros su mismo Espíritu de amor;
- para luchar y progresar continuamente;
- para enseñarnos el camino de la resurrección.

Muchas cosas hemos oído —y visto— estos días: hay pobres de hecho y de derecho; personas que adelantan la vejez al sufrir la enfermedad y el silencio; marginación y sequía; emigración y paro. Hemos vivido con los niños, la infancia de la Iglesia; junto a ellos hemos aprendido la sencillez y a decir: «Dios está aquí, sí». Hemos compartido con algunos jóvenes el vivir en esperanza y comunión. ¿Cómo mantener con ellos una presencia de Iglesia joven? ¿Cómo hacer de nuestra Iglesia un lugar de fidelidad al Señor? La Iglesia, siendo fiel en su caminar, haciendo camino, *puede mucho* porque puede *servir*, y no puede *nada* porque no puede más que *servir* (cf. Jn 13).

Diversas experiencias hemos vivido a lo largo del año, ¿de qué han de ser signo? El cristiano pascual es el que no deja crecer al «hombre viejo», sino que vive resucitado, unido a Cristo Pascua, que nos invita a una novedad radical en nuestra existencia: «El que está en Cristo es una nueva creación. Pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor 5,17).

La Pascua nos alegra, sí. No obstante, nosotros seguimos experimentando la dificultad del camino. La Pascua junto a los pobres nos ha puesto de mani-

fiesto que hemos de superar en todo momento la dejadez, el conformismo, el desánimo. *Pascua es lucha, crecimiento y progreso.*

La Pascua nos quiere liberar radicalmente desde el interior, abarcando todos los niveles de una verdadera libertad de espíritu. Pascua es decir hasta tres veces «te quiero» y saber que lo anterior queda superado. Es saber que todo se puede cambiar y todo se debe esperar, saber que el amor es más fuerte que la muerte. Las mujeres y los apóstoles se iban diciendo unos a otros lo esencial de su vida: *ha resucitado*. También nosotros nos lo hemos de repetir una y otra vez, como aquello que da sentido a nuestra existencia, a nivel personal y comunitario. Cristo, el Señor, ha resucitado, *está vivo* (Lc 24,34). Seremos amigos de Jesús si hacemos lo que él nos diga (cf. Jn 15,12-16).

Que la conducta de Francisco de Asís, extasiándose ante Dios, la naturaleza y los hermanos, nos lleve a servir a Dios con alegría. El talante del espíritu resucitado es amor a la vida, admirar lo bello, disfrutar de la alegría y del gozo de sentirse amado, desear la paz interior, vivir alegre entre los pobres y descubrir que Dios sigue vivo en Cristo resucitado.

*Luchar, crecer y progresar desde Cristo resucitado
es el camino para llegar a Dios. ¡Aleluya!*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Qué significa en tu vida que tienes que «vivir en cristiano»? ¿Qué implicaciones tiene en tu crecimiento de fe?
2. Indica situaciones familiares, sociales y religiosas en donde se vea que Cristo ha resucitado. Señala aplicaciones a la vida personal y comunitaria.

Rincón orante

Acción de gracias

Gracias te sean dadas, Padre,
por el deseo que has puesto
en el corazón de cada persona
de encontrar a sus hermanos

y de vivir compartiendo con ellos
su riqueza y su cultura,
pues es así como el ser humano
se realiza a tu imagen y semejanza.

R./ ¡Gloria a ti, Señor!

Gracias te sean dadas, Señor Jesús,
porque te has despojado
de tus privilegios de Hijo de Dios,
de tus derechos como hijo de Abrahán
y hasta de tu vida de hombre;
porque has abrazado a cuerpo limpio
la condición humana
y te has prestado a cualquier encuentro.

R./ ¡Gloria a ti, Señor!

Gracias te sean dadas, Espíritu Santo,
porque nos haces comulgar a unos con otros,
aun cuando algunos a veces nos resistamos;
gracias porque en tu Persona
toda persona se refleja:
el extraño se hace huésped;
el pagano se hace hermano;
el adversario, amigo;
y todos comensales de Dios.

R./ ¡Gloria a ti, Señor!

(Thierry Maertens)

LIBRES PARA LIBERAR DESDE CRISTO RESUCITADO (Pascua de 1986)

Cristo ha resucitado, resucitemos con él en esta mañana de alegría desbordante. Alégrate con toda la creación, especialmente con la hermana naturaleza, que es serenidad, ilusión, calma, sosiego, esperanza, solidaridad, compañía, resurrección y bienaventuranza. ¿Recuerdas? Alégrate, canta con san Francisco: «Loado seas, mi Señor, por toda criatura: el sol, la luna, las estrellas, el aire, el fuego, el agua, la tierra...».

San Pablo nos dice: «Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, y lo hago con alegría por todos vosotros a causa de la colaboración que habéis prestado por el evangelio» (Flp 1,3-5). Arraigados en la libertad del Resucitado volvéis a vuestras comunidades con la ilusión de trabajar unidos en la liberación de los hombres, sobre todo de vuestra familia, comunidad y compañeros jóvenes con los que trabajáis y estudiáis. ¡No tengáis miedo! Iluminados por el cirio de la Iglesia naciente, con un poco de luz podéis iluminar a muchos. La Pascua devuelve a la Iglesia su conciencia misionera de ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5,13-15).

Desde las fuentes de la contemplación y de la espiritualidad hemos orado con comunidades de contemplativas, que sin interrupción oran a Dios y creen gozosamente en la reconciliación y en la paz, porque Dios les da «gratuitamente del manantial del agua de la vida» (Ap 21,5). También hemos estado cerca de algunos religiosos, algunos ancianos, pero llenos de una vida entregada al servicio de los hermanos para liberar de toda atadura que esclaviza al hombre de nuestro tiempo. También nuestros hermanos mayores animan nuestra tarea de anunciar la Buena Noticia a los pobres.

Aquí, desde la colina, es importante gritar al unísono: «Jesucristo es Señor» (Hch 2,35), y nosotros romperemos las cadenas que encarcelan al hombre; unidos en la lucha cotidiana y apoyados en un Dios defensor de los crucificados y liberador de los oprimidos (Lc 4,18). Por eso cantamos agradecidos: «¡Aleluya!». La Pascua de Cristo no ha hecho más que empezar; que todos nos convenzamos de que el amor es más fuerte que la muerte, de ahí que la vida sea lo bueno, lo bello, lo definitivo. Nuestras vidas son los ríos que van dar en la mar, en la mar del Dios vivo. En Cristo resucitado, Dios nos ha dicho la última palabra. La Pascua nos ha recordado que Cristo ha vencido a la muerte

y vive; que está aquí y nos habla; que parte su pan con nosotros y nos da su paz; una paz y alegría que nadie nos puede quitar. *Sí, Cristo ha resucitado:*

- para que no estemos solos;
- para soplarnos su Espíritu;
- para animar nuestra comunidad eclesial y local;
- para vencer los miedos y vivir de su Espíritu de amor;
- para que lleguemos a la libertad de los hijos de Dios.

Solo si nos queremos, Cristo resucita en nosotros. La resurrección es el sí de Dios a la vida humana. Un sí, que nos hará instrumentos de paz y nos dará el coraje y la fuerza de enfrentarnos a todos los violentos de la tierra. Trabajemos en nuestras comunidades, en lo que resta del año, en esta tarea de luchar por la paz sin violencia, para romper las ataduras y sanar los corazones desgarrados. El talante del Espíritu: disfrutar de lo bello, gozar con los hermanos, desear la paz a los de lejos y a los de cerca, compartir y servir con alegría a los pobres descubriendo que Dios sigue vivo, y que lo anterior no cuenta ante la alegría que desborda el corazón del hombre.

*Rompe tus cadenas. Nada te turbe.
Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Qué cadenas romper para cantar al Dios de la vida? ¿Por dónde avanzar para ser cantores de resurrección?
2. ¿Qué significa para nosotros vivir en libertad y dónde está la fuente que sacia nuestra sed? Señala pistas y aplicaciones para la vida.

Rincón orante

Cántico del hermano sol

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyos son los loores, la gloria y el honor, y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, convienen
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente por el hermano sol,
por el cual haces el día y nos das la luz;
él es bello y radiante, con grande esplendor:
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y nublado y sereno y todo tiempo,
por el cual, a tus criaturas, das sustentamiento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
con el cual alumbras la noche;
y es bello y jocundo y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos, con coloridas flores y hierbas.

Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan
por tu amor y soportan enfermedad y tribulación;
bienaventurados los que las sufren en paz
pues de ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!;
bienaventurados aquellos que acertaren
a cumplir tu santa voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle
con gran humildad.

(San Francisco de Asís)

FRANCISCO DE ASÍS RENACIÓ EN PASCUA. ¿Y TÚ? (Pascua de 1987)

Hola, amigos: paz y bien.

Todo el camino de preparación que hemos realizado nos ha llevado a vivir estos días de encuentro que culminan en la celebración pascual, momento en que Cristo resucitado se manifiesta como plenitud siempre nueva.

Hablar esta mañana de resurrección es descubrir el fundamento de nuestra fe; es llegar al núcleo central de lo que creemos. Ser cristiano es creer que Jesucristo vive, porque ha resucitado de entre los muertos. Hemos cantado reiteradamente: «Cristo ha resucitado, ¡aleluya!, resucitemos con él...». ¿Crees esto? ¿Lo vives?

Tras el trabajo de un año para la mayoría, para otros el comienzo o la continuidad, a todos se nos invita a renacer y estrenar nuevas ilusiones, tareas y proyectos que no solo son nuestros, sino de la Iglesia, de la que hemos recibido la misión de servir, siguiendo el ejemplo del Maestro.

No es posible volver la vista atrás y no quedar petrificados, por eso: «Despiértate, joven. Levántate, que tú eres la fuerza». La tierra nueva y los cielos nuevos han comenzado ya; esto es lo más importante de la fe. Por eso necesitamos seguir unidos cada vez más, para clarificar el camino a nivel personal y, sobre todo, a nivel comunitario, al ir tomando el Grupo dimensiones mayores. No podemos olvidar lo esencial del ser y vivir del seguidor de Jesús: fortaleza en una oración serena y gozosa, celebrada en un grupo de amigos que disimulan los defectos de los otros, dan el perdón que han recibido gratuitamente y emprenden la tarea de construir y transformar la realidad eclesial y social de una forma solidaria y pobre. Esto es lo propio de los que descubren en Francisco, el *alter Christus*, que tiene la experiencia de un Cristo personal que le hace exclamar: «Conozco a Cristo pobre y crucificado».

Francisco renació en Pascua porque vive y celebra la vida como «paso», de ahí que al final de su vida dijera a la amplia familia franciscana: «He cumplido mi tarea, Cristo os enseñe la vuestra».

Renacer en Pascua desde el talante cristiano es llamarse y ser «menores» como forma de manifestar el mandato de lavarse los pies unos a otros, porque «no he venido a ser servido, sino a servir», dice el Señor (Mt 20,28). Me alegro de que los hijos de Dios estén entre nosotros desde el inicio como uno más. En

los escritos de san Francisco, «ministro» va unido a «siervo». De ahí que a servir se nos invite a todos. La presencia de los hermanos, creo yo, es una forma de bendecir nuestro trabajo. Necesitamos de su compañía y de la de los demás hermanos para ser fermento joven en esta parcela de nuestra Iglesia a la que queremos y evangelizamos.

Hemos visto en nuestras reflexiones que renacer hoy es trabajar en fraternidad, dejándonos inundar por la fuente y cima de la vida cristiana: la eucaristía. Poco a poco hemos de ir haciéndola nuestra, con fuerza juvenil, dejando que el Espíritu hable por nosotros y actúe a su aire, hasta llegar a contagiar a los demás la fuerza renovadora e inagotable que hemos recibido abundantemente.

De todo esto se deriva el trabajo que hemos de realizar a «tiempo perdido» en favor de la justicia, que nos lleva a la paz, y ser así instrumentos válidos de liberación para responder proféticamente a los hombres de nuestro tiempo, especialmente con aquellos que nos son más cercanos.

No tengamos miedo de cortar lo periférico de nuestra vida, y de la vida de las comunidades cristianas, para que surja lo nuevo y la primavera que estamos viviendo, enganchándose en el que surge liberando. Nadie libera si previamente no ha sido liberado, y también nosotros somos invitados a abrir las prisiones injustas, dejar libres a los oprimidos, partir el pan con el hambriento y hospedar a los pobres sin techo (Is 58,6-7).

En esta Pascua vivimos juntos experiencias fuertes en las que hemos hablado del *compromiso*, el *crecimiento*, el *progreso* y la *liberación: renacer con Francisco*. Todo esto supone para cada uno, según las fuerzas que Dios le dé, vivir la *alegría* en un mundo de preocupaciones y tensiones; ahí se nos invita a celebrar la vida con intensidad y seriedad, dándose motivos suficientes para esta alegría.

La *utopía* como realidad, que los santos hicieron posible porque creyeron en Cristo resucitado y en los hombres, porque esperaron en Dios y en los hombres, y porque amaron a Dios y a los hombres.

Renacer desde la alegría y la utopía es hacer de la resurrección una vida abundante, y presenta a nuestros contemporáneos un lugar permanente para la escucha y la acogida.

Seamos *alpinistas del espíritu* y unámonos fraternalmente para conseguir los altos ideales a los que estamos llamados, favoreciendo el camino sobre todo a los que más necesiten de nuestro empuje.

Resucitemos con él. ¡Aleluya!

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cómo ves eso de «conocer a Cristo pobre y crucificado»? ¿En qué servicios lo haces testimonio de vida?
2. ¿Quiénes son los pobres y crucificados de hoy que necesitan nuestro empuje y acompañamiento? Indica situaciones con las que debes ser solidario.

Rincón orante

Alabanzas de Dios Altísimo

Tú eres santo, Señor, Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte. Tú eres grande. Tú eres el Altísimo.
Tú eres el Rey omnipotente.
Tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.
Tú eres trino y uno, Señor, Dios de los dioses.
Tú eres el bien, todo bien, sumo bien,
Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres amor, caridad. Tú eres sabiduría. Tú eres humildad.
Tú eres paciencia. Tú eres belleza. Tú eres seguridad.
Tú eres la paz. Tú eres gozo y alegría. Tú eres nuestra esperanza.
Tú eres justicia. Tú eres templanza. Tú eres toda nuestra riqueza.
Tú eres hermosura. Tú eres mansedumbre. Tú eres el protector.
Tú eres nuestro custodio y defensor. Tú eres fortaleza.
Tú eres alivio.
Tú eres nuestra esperanza. Tú eres nuestra fe.
Tú eres nuestra caridad. Tú eres toda nuestra dulzura.
Tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador.

(San Francisco de Asís)

DESDE CRISTO RESUCITADO: LIBRES PARA EL COMPROMISO (Pascua de 1988)

Hola, amigos: paz y bien.

A lo largo de la Cuaresma nos hemos ido preparando, personal y comunitariamente, para celebrar el acontecimiento pascual que, juntos, estamos compartiendo como comunidad fraterna. Desde la cima de la colina, Cristo se ha manifestado como el Resucitado, haciéndonos testigos de su presencia y lanzándonos a ser testigos de nuestros hermanos, siguiendo el mensaje del envío pascual: «Id al mundo entero y proclamad el evangelio» (Mt 28,18-20). Ser cristianos es vivir la experiencia del envío como actitud derivada del seguimiento de Cristo resucitado.

Un año más se nos ha concedido reunirnos como familia, y esto es una gracia y un don; durante el año hemos ido clarificando los objetivos que pretendemos realizar de cara al servicio ministerial y eclesial, haciendo de nuestras vidas una *vida para los demás*, que tendremos que ir profundizando como *tarea* permanente, de modo que, avanzando desde el seguimiento de Jesús y la espiritualidad franciscana, vayamos haciendo un discernimiento más cercano según el nuevo orden traído por Cristo resucitado, basado en el *amor* (Ef 5,7-21).

Sí, el Señor Jesús gastó toda su vida en anunciar que los hombres deben trabajar y esforzarse por hacer real este Reino de Dios que va a ser un regalo del Dios que nos quiere, un esfuerzo y una tarea de los hombres para vivir la esperanza cristiana, percatándonos de que la última palabra no será de la muerte, sino de Dios.

La verdad de Jesús es la verdad que él quiso comunicar al mundo por su acción y por su palabra. Vive en esta verdad el que tiene el Espíritu de amor. Se le concede al cristiano por la experiencia y el compromiso, de acuerdo con el mensaje de Jesús. La verdad, según el Evangelio de Juan, es liberadora (Jn 8,32).

La verdad exige que el cristiano sea un creyente dispuesto, convencido, comprometido y testimonial con el Reino de Dios, que es un reino de justicia, amor y paz.

A lo largo de la Pascua nos ha acompañado la presencia de María de Nazaret, la Virgen y Esclava del Señor, que se compromete con los pobres y canta la grandeza del Señor en el *Magnificat* (cf. Lc 1,46-55). María nos invita a com-

prometernos desde la sencillez y la pobreza, siendo testigos decididos, implicándonos en los procesos de la vida, rompiendo el miedo o la apatía y el qué dirán. La cercanía de la Virgen junto al Hijo nos lanza al seguimiento y al compromiso, siendo obedientes a la palabra y haciendo realidad el mensaje del Resucitado en su vida pública: «Tengo por misión ser testigo de la verdad, para eso nací y para eso vine al mundo» (Jn 8,37).

Desde Cristo resucitado se nos invita a ser testigos de esperanza desde la realidad que nos ha tocado vivir y a partir de los pobres y desde su contexto: *la vida, la resurrección y la liberación*.

Vivir en la libertad y en la verdad es ser fiel o estar en el compromiso. La fe en Cristo resucitado puede ser comunicada y testimoniada por palabras, silencios, acciones... ¡de mil maneras! Todo un reto nos queda por delante, amigos jóvenes, aunando esfuerzos e ilusiones. A todos se nos invita a que seamos animadores de la fe de nuestros hermanos más jóvenes y revitalizar nuestros ambientes y comunidades cristianas, familiares y eclesiales, desde la fidelidad de María y la fuerza renovadora de su Espíritu, sirviendo a los pobres y dando vida. Aquí recordamos esta reflexión tan meditada: «Quien no vive para servir, no sirve para vivir».

Un avance cualitativo hemos realizado en cada Pascua. No obstante, no podemos conformarnos, pues en cuestiones de amor y compromiso no quedamos nunca del todo satisfechos.

Beati, felices, bienaventurados... Es lo que rezuma en nosotros en esta mañana de Pascua. No es para menos: resucitados, nos lanzamos a nuestras comunidades de origen a comunicar lo que hemos visto y explicitar nuestro compromiso a través de las consecuencias que de él se derivan.

Que el Resucitado nos contagie de su alegría; que la disponibilidad de María nos anime a estar libres para el compromiso desde este tiempo pascual que nos conduce a recibir el Espíritu del Señor.

Mucha paz a todos y cada uno.

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Qué significa en tu vida ser disponible y solidario desde la resurrección? Señala situaciones en que vives ese compromiso.
2. ¿Cómo ofrecer el regalo de Dios a una sociedad que vive en tiempos de incertidumbre? ¿En qué ambientes eres testigo de su presencia?

Solidaridad

Mantener siempre atentos los oídos
al grito de dolor de los demás
y escuchar su llamada de socorro
es solidaridad.

Mantener la mirada siempre alerta
y los ojos tendidos sobre el mar,
en busca de algún náufrago en peligro
es solidaridad.

Sentir como algo propio el sufrimiento
del hermano de aquí y del de allá,
hacer propia la angustia de los pobres,
es solidaridad.

Llegar a ser la voz de los humildes,
descubrir la injusticia y la maldad,
denunciar al injusto y al malvado,
es solidaridad.

Dejarse transportar por un mensaje
cargado de esperanza, amor y paz,
hasta apretar la mano del hermano,
es solidaridad.

Convertirse uno mismo en mensajero
del abrazo sincero y fraternal
que unos pueblos envían a otros pueblos
es solidaridad.

Compartir los peligros en la lucha por
vivir en justicia y libertad,
arriesgando en amor hasta la vida,
es solidaridad.

Entregar por amor hasta la vida
es la prueba mayor de amistad,
es vivir y morir con Jesucristo,
es solidaridad.

(Leónidas Proaño)

RESUCITEMOS EN COMUNIDAD (Pascua de 1989)

Queridos amigos: paz y bien.

Esta Pascua la hemos realizado, de una forma organizada, como pequeño grupo, y este año, por primera vez, nos hemos bifurcado en dos fraternidades. Gracias ante todo a nuestros hermanos catequistas, a las fraternidades y a todos aquellos que han hecho posible este encuentro, especialmente a los jóvenes, que han buscado otra forma de vivir. «Cristo es nuestra Pascua» es el lema que les ha convocado. ¡Aleluya, hermanos, Cristo resucitó!

Amigos jóvenes de esta Pascua, nosotros, en plena tierra del olivar, hemos reflexionado sobre la vida comunitaria y fraterna; se trata ahora de pasar de la reflexión a la vida, al grupo, a la familia, a la comunidad.

La familia de Jesús es la *comunidad*. Vivamos desde la sencillez y la pobreza las diferentes opciones que cada uno vaya tomando; unos viviendo en el matrimonio en amor total; otros eligiendo el celibato por amor a Dios; todos desprendiéndonos para servir a los demás, perfeccionándonos en el amor y teniendo preocupación por los pequeños, los marginados y los pobres.

Una vida en comunidad supone descubrir el sentido y la vivencia de la relación con otros, de la fraternidad, de la vida en común. Esto es un *don* de Dios, que se nos da, que nos ha dado a unos y otros. Dios nos ha hecho *amor* por su muerte y resurrección, para el mutuo encuentro, para la donación recíproca. Por tanto, la fraternidad, la vida en común, no se mide: ni por el tiempo, ni por el espacio, ni por el trabajo, ni por el número de miembros del grupo, sino por el amor, por los hechos y gestos de donación, por las vivencias de comunión, por las experiencias reales de compartir la entrega que gratuitamente hemos celebrado.

La vida en comunidad es un proceso que supone maduración en mi desarrollo personal, en mi relación conmigo mismo, en mi relación con la vida, en mi relación con los demás, en el amor. Solo dentro de la comunidad podemos estar solos, y solo aquel que sabe estar solo puede vivir en comunidad... La señal distintiva de la soledad es el silencio, como la palabra lo es de la comunidad. De ahí la necesidad que tenemos de intensificar la oración. Y la eucaristía, que nos mantenga unidos como los sarmientos a la vid. La vida en comunidad nace del Espíritu y anuncia a Cristo viviendo en unidad, amor, pobreza, servi-

cio y oración; según los diferentes ministerios y dones que Jesucristo nos ha concedido al reconciliar todas las cosas con él.

Como grano arrojado en tierra fecunda somos enviados a *dar testimonio* desde un crecimiento silencioso, pero constante y eficaz, en pequeños detalles que voy a reseñar, para que esto lo vayamos concretando cada día como tarea y proyecto.

Cuántos servicios podemos prestar en nuestra vida fraterna según el proyecto de vida que profesamos:

- servicio de seguir el santo Evangelio;
- servicio de llevar una vida fraterna, amándonos y nutriéndonos entre nosotros más que la madre carnal;
- servicio de tener un trato de familiaridad;
- servicio de cultivar el buen humor y la afabilidad;
- servicio de ser incentivos de esperanza, paz y alegría;
- servicio de ser auténticos y aceptarnos mutuamente desde la igualdad;
- servicio de ser hermanos y menores promoviendo;
- servicio de apoyar las buenas iniciativas y no lesionar la comunidad;
- servicio de amonestar y corregir con humildad;
- servicio de corresponsabilidad y de trato amoroso y espiritual hacia los hermanos;
- servicio de hospitalidad y acogida benigna;
- servicio de compartir los bienes con los necesitados;
- servicio de orar por los hermanos.

Desde esta fraternidad cristiana somos enviados, como resucitados en comunidad, a anunciar que Jesús es el Señor, y nosotros damos testimonio no solo individualmente, sino como pequeña comunidad de hermanos o fraternidad.

Un saludo extendido a todos los amigos y colaboradores.

*Resucitemos con él en comunidad. Paz. Jesús,
el Cristo, muerto y resucitado.*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. La comunidad es don y tarea. Señala los dones que recibes y las tareas que ofreces.
2. ¿Qué servicios crees que quedan por estrenar para que se manifieste mejor la respuesta a los signos de los tiempos? ¿Qué signos poner para estos tiempos? Señala pistas y aplicaciones.

Alfabeto de la vida comunitaria

- Agradecer a Dios el regalo de las personas con quienes convivimos.
- Buscar el bien común por encima de los intereses personales.
- Corregir con amabilidad al hermano que se equivoca.
- Dar lo mejor de uno mismo, estando siempre disponible para el servicio.
- Estimar a los demás reconociendo sus capacidades.
- Fortalecer al decaído integrándolo a la vida comunitaria.
- Ganar la confianza del hermano arrimando el hombro para llevar su carga.
- Hablar con sinceridad, sin falsos halagos, pero con amabilidad.
- Interceder por los otros a Dios antes que por los intereses propios.
- Juntarse con el que otros apartan o desprecian.
- Levantar al que ha tropezado o se ha hundido.
- Llorar con el que llora y cantar con el que está alegre.
- Mediar entre los hermanos que no se comprenden.
- Necesitar de la mano del compañero sin complejos.
- Olvidar el miedo a ser considerado el último de la comunidad.
- Preocuparse por el débil o el necesitado.
- Quitar los obstáculos de los prejuicios.
- Respetar las opiniones de los demás.
- Salir al encuentro del hermano: a su mentalidad, a sus necesidades.
- Tolerar los defectos y límites con buen humor.
- Unir con la concordia a los hermanos para así vivir en paz con todos.
- Valorarse con realismo sin considerarse más que los compañeros.
- Yuxtaponerse al lado del que necesita un empujoncito.
- Zanjar las desavenencias y ofensas sin resentimiento.

NOSOTROS RESUCITAMOS AL SERVIR EN FRATERNIDAD (Pascua de 1990)

Queridos hermanos: paz y bien.

«¡Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo!» (Sal 117). Es verdad que Cristo, el Señor, nos ha visitado y redimido, saliendo a nuestro encuentro para que nos encontremos con él en el servicio y en el seno de la fraternidad, haciendo realidad, con la fuerza del Resucitado, el proyecto que san Lucas nos refiere en los Hechos de los Apóstoles (2,42-47): la vida común de los creyentes, la fracción del pan (Lc 24,13-35) y la seguridad de que Jesús es el camino y la verdad y la vida (Jn 14,1-12). Sabiéndonos enviados por la fuerza del Espíritu (Jn 14,15-21) a evangelizar (Mt 18,16-20), para ser creadores de vida fraterna según los dones y carismas que san Pablo nos recuerda en 1 Cor 12,3-7.12-13.

Puesto que todos nosotros somos hermanos al ser bautizados en la muerte y resurrección de Jesucristo, estamos llamados a crear lazos de comunión fraterna. Igual que una madre cuida de sus criaturas, así los hermanos deben amar y nutrir a sus hermanos: «Porque si la madre quiere y nutre a un hijo carnal, ¿cuánto más amorosamente debe cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual?» (2R 6,8).

Vamos recorriendo la experiencia de la comunidad, y tras la reflexión de la Pascua hemos de concretar la entraña de la vida fraterna:

- La *igualdad* de todos los hermanos como expresión de la condición de «fraternidad», concretada en el proyecto de vida que hace que la igualdad no sea un ideal abstracto, sino un principio realizable.
- A través de las diferentes actitudes de *servicio* que prestamos en la Iglesia, madre y maestra, en medio de la comunidad donde vivimos, nos movemos y existimos. Reflexión que nos ha llevado a proclamar que *nos encontramos con Cristo al servir*.
- A través de la vida fraterna, por medio de la *corresponsabilidad* vivida en la *fidelidad*, como respuesta a Dios Padre, confiada a cada uno para cuidar de los hermanos. Reflexión que nos ha llevado a proclamar que *nos encontramos con Cristo resucitado en la fraternidad* vivida y celebrada desde la comunión.

- A través del discernimiento comunitario, que nos ha llevado a toda la familia cristiana, desde nuestra comunidad, a descubrir la voluntad de Dios sobre la fidelidad al *común proyecto de vida*, haciendo una única fraternidad de fraternidades que nos han llevado a confesar desde nuestra Iglesia que tenemos que romper el cerco de la individualidad para crear un nosotros comunitario, reflejado en ese lema que entre todos hemos construido: «Ni tú, ni yo. Nosotros. ¡Vive la fraternidad!». ¿Seremos capaces de llevar adelante este proyecto?

No me cabe duda de que el cirio pascual disipará las tinieblas de nuestro corazón, trabajando todos por el primado de la relación interpersonal –como nos recuerda el Evangelio de san Juan y luego retoma Francisco de Asís–, cuando invites a los hermanos a que «mutuamente», «entre sí» y «unos a otros», se amen y vivan la familiaridad, es decir, la cercanía, la presencia y el amor, creando lazos de amistad, que suponen también lo espiritual.

Todo esto nos llevará a trabajar cada uno en diferentes parcelas y tareas, pero todas remiten al punto de origen central, donde la fraternidad no es una tarea más. Para la amplia familia franciscana, que se ha encontrado con Cristo, luz del mundo, todo ha de hacerse en comunión con los hermanos: la oración, la pobreza, el servicio, la misión... Aunque tengamos momentos de desamparo, todo es superable en el hogar caliente de la fraternidad.

El quehacer de la fraternidad se define como misión de paz y de reconciliación, y haciéndose desde el corazón personal y grupal, forjándose según el Sermón del monte. La prioridad de la fraternidad es ser hermanos, y desde ahí los hermanos «hacen tareas».

Es verdad que la fraternidad evangélica no existe todavía, pero habrá que hacer lo posible para que pueda ser iluminada por Cristo, nuestra Pascua; caminamos unidos por las llamadas que el Espíritu hace a cada uno para vivir el ideal evangélico y el proyecto de vida: la santidad consiste en amar como Dios nos ama. Y ahí estamos todos embarcados. Nos vamos haciendo cada uno de nosotros hermanos, jóvenes y adultos, poco a poco, según el Evangelio.

Es ahora, en nuestra familia, colegio, trabajo, comunidad, iglesia, donde tenemos que servir haciendo fraternidad. Es ahí donde tenemos que vivir la Pascua, el paso del Señor, y hacerlo viable a muchos hermanos.

Gracias a todos los hermanos: niños, jóvenes, adultos, ancianos, mayores y menores, y a cuantos nos han acogido, injertados todos como los sarmientos en la vid en Cristo resucitado.

Que el Señor os bendiga y os conceda la paz.

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿De qué está tejido el «texto comunitario» y qué mimbres ofreces para crear un «nosotros fraterno»?
2. ¿Cómo y dónde aprendes a vivir como hermano y entre hermanos? ¿Qué es para ti servir en la fraternidad? Sacar consecuencias prácticas.

Rincón orante

Decálogo de la comunidad

1. La comunidad no es un hotel, un equipo de trabajo, y menos aún un nido de víboras. Es el lugar en el que cada uno, o más bien la mayoría, trata de salir de las tinieblas del egocentrismo a la luz del amor verdadero.
2. Una comunidad no se constituye como tal hasta que la mayoría de sus miembros está dispuesta a dar el paso de la «comunidad para mí» a «yo para la comunidad». Es el paso del egoísmo al amor, de una tierra de esclavitud a una tierra de liberación interior.
3. La comunidad no es simplemente un grupo de personas que viven juntas y se quieren. Es una corriente de vida, un corazón, un alma, un espíritu. De ahí la atmósfera particular de alegría y acogida que caracteriza a la verdadera comunidad.
4. Vivir en comunidad es descubrir y amar el secreto de la persona en lo que es única. Es así como se llega a ser libre para descubrir en profundidad la persona del otro.
5. No hay que buscar la comunidad ideal. Se trata de amar a los que Dios ha puesto a nuestro lado hoy; ellos son signos de la presencia de Dios para nosotros.
6. Quien crece en amor y en sabiduría en la comunidad hace crecer a toda la comunidad; quien tiene miedo a avanzar impide que crezca la comunidad.
7. Para arraigarse en la vida comunitaria y vivir la alianza que implica son necesarios modelos. Es necesario vivir con personas que sean felices, que hayan pasado por algunas pruebas y que hayan encontrado la paz interior y un cierto conocimiento.
8. La comunidad cristiana debe hacer como Jesús: proponer y no imponer. El amor de hermanos es lo que debe convertirse en luz que atrae. La verdadera comunidad se abre cada vez más a los demás.

9. Cuando se vive en comunidad y lo cotidiano está repleto y es arduo, es absolutamente indispensable orar: «Abandonar nuestro ser entero a Dios, dejándole tomar el timón de nuestra existencia».
10. En el centro de la comunidad está la fiesta. Esta es una experiencia común de alegría, un canto de acción de gracias. Se celebra el hecho de estar juntos y se da gracias por el don que se nos ha dado.

DIOS LE RESUCITÓ: OPTAMOS POR SUS VALORES (Pascua de 1991)

En la tierra del olivar hemos celebrado la Pascua juvenil como un proceso de fe que algunos iniciamos en nuestra fraternidad hace ya unos años.

Dado que el Grupo iba creciendo progresivamente, todos nos íbamos alegrando de que «el Señor nos da hermanos», como recuerda Francisco en el *Testamento*. Comenzamos de este modo las Pascuas juveniles, que han ido girando en torno a distintas fraternidades.

En el centro del misterio cristiano hemos celebrado el Triduo Santo; hoy, Domingo de Resurrección, que coincide con el estreno de la primavera. Hemos visto brotar del leño seco la fuerza de Dios Padre, que nos ama, y «con Jesús nos ha hecho hijos de Dios». Él ha pasado estos días de una manera singular por nuestras vidas, y de ahí que nos decidamos a confesar en fraternidad que *optamos por los valores de Jesús*.

La presencia del Dios de los padres, hecho muerte y resurrección en Jesús, la hemos celebrado de un modo intenso, fuerte y luminoso, para descubrir otra nueva escalada en nuestro crecimiento cristiano. Sus valores nos atraen como un imán y nos lanzan a un más allá de donde nos encontramos. Para optar por sus valores hemos de tener presente su amor encarnado, dejando aquello que nos frena y buscando otro modo de vivir, porque somos hijos de Dios. Su paso nos invita a caminar para ser hermanos en fraternidad. Por eso la Pascua tiene tres caras que hemos de conjugar en todos sus aspectos:

- Un punto de partida: se nos invita a *dejar algo* y a ponernos en camino desde la disponibilidad.
- Una travesía, un camino: *buscar otra cosa*, otros valores, otros proyectos, para descubrir el rostro de Dios y poder ser y llamarnos en verdad hijos de Dios.
- Un punto de llegada: *vivir la novedad de la resurrección* a través de los pequeños pasos de la vida de cada día, en el barrio, en el trabajo, en la familia, y en la fraternidad cristiana en la que crecemos y maduramos.

El asunto está en descubrir que será un paso de la antigua condición a la nueva. Es la sensación de haber cumplido con una etapa, que entramos en un proyecto nuevo, de la vida nueva que cada cual tendrá que traducir en su quehacer diario.

Dios Padre, que resucitó a Jesús, es nuestra Pascua, es mi Pascua, mi vida... Nuestra vida es una continua Pascua: ¡que se nos note! Para ello hemos de ir frecuentemente a la fuente de todos los valores: las bienaventuranzas, para vivir desde la alegría, la esperanza, la ilusión, el gozo, la sensación de novedad, la aventura, la constancia, la fortaleza, el tesón, la satisfacción, la Pascua.

Los valores de Jesús necesitan ser alimentados todos los días, cada instante, en cada situación; para ello hemos de pedir y orar, sin desfallecer, en el seno de la fraternidad, sintiendo que somos hijos de Dios y discípulos, que le descubrimos al partir el pan, como los amigos de Emaús.

En Jesús se reúnen los valores de la felicidad, que vamos descubriendo en el seno de nuestra comunidad, donde jóvenes, adultos y ancianos proyectamos ser una verdadera fraternidad. Solo tú esta mañana puedes saber si tus valores calan hondo en ti, si Cristo es para ti padre y madre a la vez. Es verdad, en la noche de Pascua oímos que había resucitado, y que algunos hermanos lo confesaron con los labios y el corazón. Pero creerlo, sentirlo, experimentarlo y vivirlo le corresponde a cada uno en su familia y fraternidad, o donde estés cuando leas esta carta. Descubrir que Dios le resucitó es caer en la cuenta de la *gratuidad* de ser hijos, y optar por sus valores es cantar agradecidos que Jesús es Señor.

Se trata ahora de vivirlo en el matrimonio nuevo o antiguo, en tu vida nueva o vieja, en tu familia, pareja o comunidad, bien sea siendo religioso o seglar. ¡Vive de su amor y sus valores, y contálgalo a tus hermanos; hoy, mañana y todos los días!

Si Cristo ha resucitado en tu vida, tienes que vivir en este proyecto ambicioso y ser sal y luz, haciendo de tu casa e iglesia un lugar habitable y fresco, sencillo y fraterno, siendo testigo de Jesús resucitado y laborando en la parcela que has descubierto o que él te ha señalado en su viña.

Agradezco a todos los que han hecho posible esta Pascua, especialmente a los catequistas y los que han trabajado y elaborado con mimo los temas; a mis hermanos de fraternidad y a los fieles que me han permitido esta nueva oportunidad de celebrar la Pascua con jóvenes; a las fraternidades por su acogida y a todos los que han colaborado de una manera u otra o han vivido con el Señor en otros lugares de inserción desde una actitud de servicio y minoridad.

*A toda la comunidad y a todas las Iglesias del mundo
os deseamos una feliz Pascua de paz y bien.*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cuáles son los valores prioritarios que más cultivas en tu vida personal y comunitaria? ¿Cómo conjugas el punto de partida, la travesía y la llegada de este itinerario?
2. ¿Cómo cuidas y alimentas esos valores para permanecer fiel a la propuesta evangélica?

Rincón orante

Solo Dios

Solo Dios puede dar la fe,
pero tú puedes dar tu testimonio.
Solo Dios puede dar la esperanza,
pero tú puedes devolverla a tu hermano.
Solo Dios puede dar el amor,
pero tú puedes enseñar a amar.
Solo Dios puede dar la paz,
pero tú puedes sembrar la unión.
Solo Dios puede dar la fuerza,
pero tú puedes animar al desanimado.
Solo Dios es el camino,
pero tú puedes señalarlo a otros.
Solo Dios es la luz,
pero tú puedes hacer que brille a los ojos de todos.
Solo Dios es la vida,
pero tú puedes hacer que florezca el deseo de vivir.
Solo Dios puede hacer lo que parece imposible,
pero tú puedes hacer lo posible.
Solo Dios se basta a sí mismo,
pero prefiere contar contigo.

(Oración de un grupo de Campinas, Brasil)

EN COMUNIDAD VIVIMOS LIBRES, DICHOSOS... Y COMPROMETIDOS

(Pascua de 1992)

Queridos amigos: paz y bien.

En comunidad estamos celebrando, en esta fraternidad franciscana, la Pascua de resurrección, que es, con mucho, la celebración más importante de todas las fiestas cristianas. «Fiesta de las fiestas» para vivir con nuevo espíritu nuestra itinerancia humana y cristiana, desde la escuela, el instituto, la universidad y el mundo profesional, donde nos toque vivir a cada cual con la gran libertad de los hijos de Dios, creando fraternidad de resucitados y resucitadores.

Vivida la crisis de una «muerte muda» que hace mudos, hemos descubierto cómo la muerte de Jesús pone en crisis su persona, su obra y su mensaje. Pero él espera en el amor del Padre. El amor de Dios acoge esta entrega y constituye a Jesús en el Cristo Señor. Resucitar es, en realidad, ser resucitado: solo un amor así de grande, no el amor de los hombres, es más fuerte que la muerte.

Estamos descubriendo que no nos salva Jesús muerto, sino Cristo resucitado; él sí que nos hace libres, felices y comprometidos. Podemos decir con san Pablo: «Vivo yo, mas no soy yo; es Cristo quien vive en mí».

En el silencio de esta mañana resumimos el gran acontecimiento de nuestra vida cristiana: la vida, la muerte y la resurrección de Jesús hacen de nosotros un solo Pueblo, una sola comunidad, un grupo de hermanos, una Iglesia bautizada, al igual que nuestros hijos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

1. En comunidad, como grupo de discípulos en su busca, descubriendo que el sepulcro está vacío. Somos un puñado de jóvenes ante tantos otros que buscan y no encuentran, ligados a Jesús y su proyecto, hecho realidad palpable en Francisco, el pequeñuelo, que hizo fraternidad universal siendo fiel discípulo del Maestro y llamado el «otro Cristo»; ¡qué horizontes más nítidos de seguimiento fraterno y comunitario para nosotros, amigos de Jesús y de Francisco! ¿Quién se arriesgará a caminar en solitario pudiendo vivir solidariamente en comunidad de hermanos? La vida de Cristo es nuestra vida: «Para mí, vivir es Cristo».

2. Vivimos libres siempre y cuando no nos despeguemos de él, el cercano, el familiar, el padre-madre, el Maestro de Nazaret.

Libres para cantar la libertad y luchar a favor de los apaleados; libres como Francisco para ir por el mundo dando amor: «Es mejor dar que recibir». Libres

para no tener dependencia, salvo del único Señor de nuestra historia, Jesús resucitado, que nos envía a ser mensajeros de verdad, como nos recuerda Juan en el Evangelio: «La verdad os hará libres». Por el bautismo somos nueva creación humana, dejada nuestra antigua condición, y estamos libres.

3. Vivimos felices, dichosos y bienaventurados, porque hemos descubierto la perla del evangelio, porque nos hemos puesto a «chupar rueda», a vivir el ayuno, a pasar de cosas que creíamos imprescindibles; bienaventurados porque no es más feliz el que mucho tiene, sino el que menos necesita, junto a los pobres, los anonadados, como cantamos: «A nada, nada, nada hay que temer».

Felices porque vivimos en plenitud ahora, aunque tengamos dificultades, y cuando resucitemos con él. Insiste Mateo: «Estad alegres y contentos».

Dichosos porque creemos que es posible el proyecto comunitario siendo colaboradores del compartir solidario de una nueva civilización de paz y fraternidad, comenzada ya por nuestras opciones.

4. Vivimos comprometidos, porque «vosotros sois la sal y la luz del mundo», y no podemos encerrar tanto don. Su resurrección implanta el germen de la nueva creación, las nuevas presencias, los nuevos compromisos. No quedamos satisfechos en nuestro interior mientras no alcancemos a los últimos y cantemos con ellos: *Christus resurrexit...* Nos esperan hermanos que evangelicen nuestra cultura, nuestra familia, nuestros colegios y universidades, nuestras fraternidades franciscanas, hasta que lleguemos a desposarnos, como Francisco, con la «Dama Pobreza»: «Oh, pobreza, fuente de riqueza; Señor, siémbraos alma de pobres».

¿Por dónde seguir trabajando y optando personal y comunitariamente en nuestro compromiso? ¿Cómo vivir la primera y principal de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres»?

Muchas experiencias compartidas, renacidos del agua y del Espíritu, nos hemos comprometido en hacer adulta la fe de los jóvenes, y a nuestra fe infantil darle crecimiento, en un proyecto libre y fraterno arraigado en la comunión con los hermanos y viviendo las bienaventuranzas de los pobres en la traducción de un compromiso que, desde nuestro Grupo, hemos de ofrecer a los hermanos: «Lo que gratis habéis recibido, dadlo gratis».

Agradecemos a las comunidades su acogida y las actitudes de servicio de nuestra comunidad, a todas las personas (hombres y mujeres), desde servidores de cocina a limpiadores, pintores, liturgistas, catequistas, religiosos, solteros y casados, pequeños y grandes, cercanos y lejanos, amigos de acción social y monitores litúrgicos, hermanos jóvenes, párrocos, educadores y demás amigos y hermanos.

*A todos paz, y que el Señor resucitado nos lance
a ser mensajeros de un Señor como Dios manda.*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. Señala signos de que vives en comunidad, libre, dichoso y comprometido. ¿A quién propondrás el mensaje comunitario para que venga, vea y se quede?
2. ¿En qué bases se apoya el proyecto comunitario de tu fraternidad? ¿Lo hacéis, revisáis y actualizáis cada año?

Rincón orante

Trabajen con fidelidad y devoción en comunidad

Señor, junto con la gracia de trabajar concédenos estos dones:
el espíritu de oración y devoción,
para comprometernos con más entusiasmo en tu obra creadora;
la fraternidad,
para discernir y realizar juntos nuestros servicios;
la minoridad y la humildad,
para superar toda forma de temor y dominación;
la libertad,
para no apropiarnos de obras y emprender nuevos trabajos;
la gratuidad,
para apagar todo deseo de enriquecimiento y acumulación;
la solidaridad,
para sensibilizarnos y trabajar junto con los pobres;
la justicia,
para abandonar toda forma de explotación;
la honestidad,
para usar pobre y fraternalmente los bienes.
Señor, que a través de nuestro trabajo
te restituyamos en los pobres
todos los bienes que hemos recibido de ti. Amén.

ID Y ANUNCIAD AL DIOS DE LA VIDA (Pascua de 1993)

Queridos amigos: paz y bien.

La Pascua, el «paso» del Señor, desencadena en la historia humana un múltiple «paso» de la muerte a la vida. El paso de la paralización, que es muerte, al envío, a la misión, que es vida; del sinsentido, al proyecto de un Dios que nos ama, que nos revela su imagen en Jesús, el Señor, a través de la palabra comunicada en el Dios de la vida. Nos recuerda Jesús: «Como el Padre me envió, así también os envío yo» (Jn 20,21).

Los verbos que han dado nombre a esta Pascua son de movimiento, que nos llevan al nuevo dinamismo de la vida, de la historia de cada uno a nivel personal y comunitario, para revivir el acontecimiento pascual. Desde las pequeñas fraternidades en las que estamos y vivimos o a las que nos acercamos como un camino que nos lleva a descubrir la presencia del Señor en medio de nosotros, su pueblo, su comunidad, su Iglesia...

Se nos pone en movimiento y se nos dice –cada cual verá el modo de traducirlo de modo concreto según la vocación que Dios le dé–: «Ve a mis hermanos», «id enseguida», «id y proclamad», «id y haced discípulos», *¡id y evangelizad!* al Dios de la vida. Al comienzo se tratará de ir y venir, dentro de casa, del colegio, de la universidad, de la comunidad, que no es del todo comunidad, pero comienza a serlo, y poco a poco se nos va clarificando el camino que hemos de seguir a base de descubrir su presencia en nosotros; vamos anunciando con nuestra vida aquello de lo que nos fiamos, en lo que creemos y por lo que luchamos de modo sencillo, simple, menor, pero es así como se va fraguando la Iglesia, la fraternidad, la familia franciscana. Vamos pasando, casi sin darnos cuenta, de lo personal a lo comunitario, haciendo entre todos, todo de todos, y en esta Pascua se nos invita a correr todos hacia todos, como si de una carrera de amor se tratara.

Habría que resaltar –como si fuese el domingo de la resurrección, y lo curioso es que lo es– que también en nuestra comunidad las mujeres han tenido durante estos años un papel relevante al invitarnos con sus decisiones a evangelizar más allá del entorno, sin olvidar el lugar donde vivimos, pero ampliando el horizonte de la evangelización a donde están nuestros hermanos los alejados, los increyentes, a los que no ha llegado la Buena Noticia. Ya no

dudamos de que «no hay distinción entre hombre y mujer [...], y es que todos sois uno en Cristo» (Gál 3,28).

En nuestras fraternidades, la movilidad, no solo interna, irá realizando tareas de acompañamiento en nuestros barrios. Ahora la geografía se nos rompe. Se trata de salir de las murallas de Jerusalén... Ponerse en movimiento, caminar, buscar al alejado, al increyente o al sujeto a la ley... Pues hemos visto que para el que vive en el amor no hay ley que valga.

Ánimo, amigo, que la vida nos llega con nueva confianza y trae consigo el encargo de la misión tantas veces repetida y prometida: «Id y perdonad». Perdonar es creer en el hombre a pesar del hombre. Es una experiencia y misión que se nos confía, ya que se ha reparado la vieja mancha; vive desde ahora como testigo de la luz, que nos llega chorreando vida, desde la confianza a la que hemos sido llamados.

Cuando uno tiene confianza y se fía del Dios de la vida, la fe empieza a decirse. La fe, si es auténtica, no puede no decirse. El Mesías anunciado por el profeta no tiene como tarea servirse; no, sino servir y dar su vida. También hoy se nos invita a la tarea: «Ve y diles» (Jn 20,17). Sorprende ver cómo a los discípulos se les suelta la lengua y adoran al Padre, ahora sí, «en espíritu y verdad» (Jn 4,23). Es sencillamente amar, servir y morir con nuestros hermanos para resucitar con los no amados y no servidos. Aunque ya lo había anunciado el profeta Isaías en el cap. 58, es ahora cuando se entiende todo. Es este el nuevo lenguaje de la Pascua que han de usar los misioneros – nosotros– cuando hablemos de él.

Ser «pascual» es hacer crecer a los pueblos. Es iluminar por dentro desde lo mejor de nosotros mismos. Se trata de «nacer de nuevo», como nuestros hijos renacen en la Vigilia en el agua y en el Espíritu, arrojados por la fraternidad de testigos. Todo esto son realidades, mas no ideología o «comedura de coco». El nuevo misionero nacido de esta Pascua no es un *enterao*, sino un «transformado» que vive ante los hombres una nueva dimensión. Ya que ser profeta no es un oficio, sino un nuevo modo de ser que hace del evangelizador un «desvivido», salido de sí para el servicio a los demás. El evangelizador no es el que vocea, sino el que pone la fuerza «obrada», vivida, en la calle, en la familia, en la universidad, en el barrio, en los pobres, en el Tercer Mundo.

Desde la comunidad hemos descubierto que enseñar es más mostrar que demostrar. Es brindar experiencia, dejarse tocar y palpar, para no ser campana que repica o platillo que aturde, sino mensajeros de la misión que no se puede realizar sin el Dios de la vida. Se reconoce al que vive cuando se le anuncia en lo que vivimos; como dice Francisco, más en los hechos que en los dichos.

El perfil del evangelizador de la Pascua es este:

- Habrá de ser, en primer lugar, testigo, lo que supone haber acompañado a Jesús todo el tiempo, ser de los suyos (Jn 1,11; 17.6.9.10), de los que vieron, oyeron y recibieron. Porque de eso ha de hablar.
- Ha de ser un testigo de su resurrección. Es necesario haber visto, tocado, oído, haber comido con él. Haber pasado de la muerte a la vida. Se trata de nacer de esa experiencia y alimentarse de ella.

Al acercarse a la comunidad creyente se produce el milagro de la fraternidad. Con la Pascua ha nacido un nuevo modo de ser hombre: ser *hermano*. «Vete a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre”» (Jn 20,17).

Damos gracias a Dios porque cada año celebramos el aniversario de la comunidad; entre todos tendremos que subrayar este acontecimiento comunitario. Lo ponemos bajo la mirada de María.

¡Feliz Pascua!

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿A qué hermanos eres enviado a anunciar el Evangelio? ¿Quién te envía y a qué se te envía?
2. ¿Qué significa anunciar al Dios de la vida? Señala los signos pascales de tu comunidad que has de transmitir con la vida.

Rincón orante

*La vida con amor lo es todo;
sin amor no vale nada.*

Oración para aprender a amar

Señor, cuando tenga hambre,
dame alguien que necesite comida.
Cuando tenga sed,
dame alguien que precise agua.
Cuando sienta frío,

dame alguien que necesite calor.
Cuando sufra,
dame alguien que necesite consuelo.
Cuando mi cruz parezca pesada,
déjame compartir la cruz del otro.
Cuando me vea pobre,
pon a mi lado algún necesitado.
Cuando no tenga tiempo,
dame alguien que precise de mis minutos.
Cuando sufra humillación,
dame ocasión para elogiar a alguien.
Cuando esté desanimado,
dame alguien para darle nuevos ánimos.
Cuando quiera que los otros me comprendan,
dame alguien que necesite de mi comprensión.
Cuando sienta necesidad de que cuiden de mí,
dame alguien a quien pueda atender.
Cuando piense en mí mismo,
vuelve mi atención hacia otra persona.
Háznos dignos, Señor,
de servir a nuestros hermanos.
Dales, a través de nuestras manos,
no solo el pan de cada día,
también nuestro amor misericordioso,
imagen del tuyo.

(Madre Teresa de Calcuta)

NOS CONVERTIMOS A JESUCRISTO (Pascua de 1994)

Queridos amigos: paz y bien.

Esta quiere ser una carta entre amigos que ponen en común lo que mutuamente vamos descubriendo, desde una permanente actitud de conversión a Jesucristo resucitado, que nos invita a vivir en el amor, que en estos días grandes hemos celebrado desde el signo de vida que supone el sacramento del perdón. Muertos al pecado, vivimos para Dios, que nos invita a simplificar nuestra vida para andar ligeros de equipaje, manteniéndonos en actitud de disponibilidad y apertura, recordando al profeta, que nos dice: «Mis caminos no son vuestros caminos». Que la renovación interior nos introduzca en la búsqueda de un amor sin límites (1 Cor 13) que nos abra horizontes en línea evangélica, escuchando las palabras del Maestro: «Coge tu camilla y echa a andar».

¿Cómo vivir una vida que no está dominada por el deseo de sentirse importante, sino afianzada en el amor de Dios? Tendremos que ser místicos. Místico es una persona cuya identidad está profundamente arraigada en el amor primero de Dios.

¿Cómo realizar esta mística de vivir constantemente la prioridad de Dios? El Señor resucitado no deja de preguntarnos: «¿Me amas?».

La experiencia del perdón y del amor nos ayuda a profundizar en el camino que, según en la etapa en que nos encontremos, hemos iniciado, y tendremos que seguir iniciándonos para vivir la libertad que cantamos en las cartas anteriores, cuando fuimos convocados bajo el lema «libres para liberar», como si ya perteneciéramos del todo al Dios de la vida, aunque da la impresión de que el mundo que nos toca vivir nos sugiere lo contrario.

No nos conformaremos con ser buenos cristianos, honrados, preparados y deseosos de ayudar a nuestro prójimo. Todo eso es muy importante, pero, si no entramos en el proceso de conversión y de reconciliación, no experimentaremos el deseo ardiente de vivir lo que Dios quiere, escuchando su voz, haciendo un buen discernimiento cristiano para enquistarnos en el proyecto comunitario, saboreando su eterna misericordia y cantar como Francisco: «Dios mío y todas mis cosas».

Al llegar a nuestra fraternidad local nos encontraremos un enorme corazón con el lema pascual: «Ama hasta que duela». Jesús rechazado, descono-

cido, herido, preguntó a sus amigos: «¿Me amas, me amas de verdad?». La pregunta no es: «¿Cuántas personas lo toman en serio? ¿Puedes presentar resultados concretos?», sino: «¿Amas a Jesús?». Se trata de descubrir si conocemos el corazón de Dios, un corazón que perdona, que ama, que sale al encuentro y quiere curarnos. En este corazón no hay lugar para el recelo, ni la venganza, ni el resentimiento, ni el mínimo matiz de odio. Es un corazón que únicamente quiere dar amor y recibirlo como respuesta. Es un corazón que quiere ofrecer consuelo y esperanza.

Convertir el corazón de piedra en un «corazón de carne» es una forma radical y concreta de anunciar y revelar que Dios es amor y solo amor, y que siempre que la desesperación, el miedo y la soledad empiezan a invadir el alma humana se está produciendo algo que no viene de Dios. Pocas personas saben que son amadas sin condición alguna, sin límites, en lo que el apóstol Juan llama el amor primero de Dios: «Nosotros debemos amarnos, porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19).

Todo amor humano es limitado, fraccionado y muy frágil, y no hay amistades, matrimonios, comunidades de jóvenes o de adultos en los que las tensiones y el estrés de este segundo amor no se hagan profundamente presentes de alguna manera. A veces tras las sonrisas de la vida diaria hay muchas heridas abiertas que llevan nombre de rechazo, pérdida...

El corazón de Jesús está libre de toda sombra. Del corazón de Jesucristo resucitado brotan manantiales de agua viva. Jesús nos dice: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba» (Jn 7,37). También: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y sencillo de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas» (Mt 11,28-29). De este corazón brotan las palabras: «¿Me amas?». Dejarse perdonar por el Señor y amarlo es conocer el corazón de Dios. Si nos llenamos, en esta mañana de Pascua, de este amor, seremos portadores de curación, reconciliación, nueva vida y esperanza a cualquier lugar al que vayamos. Solo desde ahí será posible hacer un proyecto de hermanos que dan del mismo amor que gratuitamente han recibido. «Dad gratis lo que habéis recibido gratis».

Nuestra aspiración no será el éxito, sino el decir con toda el alma a nuestros hermanos: «Tú formaste mis entrañas, me tejiste en el vientre de mi madre» (Sal 139,13).

Que Jesucristo resucitado nos llene de entrañas de misericordia (amor), para seguir amando hasta que duela, y seamos portadores de un Cristo que sigue vivo. Lo notáis, ¿verdad? Que no se apague el fuego devorador que quema toda escoria y seamos testigos del amor y la luz cerial que purifica y alumbrá.

Agradecemos a todos los que han hecho posible esta Pascua, así como a las fraternidades que nos han acogido y a todos los hermanos que nos han animado a mantener estos encuentros fuertes, en distintos niveles, con el único deseo de poner el corazón al servicio del amor que nunca pasa.

Con Francisco y Clara cantamos: hemos aprendido de memoria a Jesucristo muerto y resucitado.

Feliz Pascua del amor y del perdón. ¡Paz!

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. La comunidad es don y tarea. Señala los dones que recibes y las tareas que ofreces.
2. ¿Qué servicios crees que quedan por estrenar para que se manifieste mejor la respuesta a los signos de los tiempos? ¿Qué signos poner para estos tiempos? Señala pistas y aplicaciones.

Rincón orante

Queremos convertirnos y creer

Señor, tú conoces mejor que nadie nuestras distracciones.
Tú sabes lo que nos seduce continuamente.
Tú estás bien informado de lo que nos aparta de ti,
de las luces de colores que nos alejan de tu senda;
de las ofertas de felicidad, bienestar, prestigio,
reconocimiento, valoración, eficacia e imagen.
Vivimos tentados por mil ofertas que se cuelan en nuestro hogar,
por llamadas de teléfono, planes, rebajas, viajes o tareas...
Todo ello para entretener el tiempo,
para vivir sin sentido, para agobiarnos y correr,
para quejarnos después del estrés y de lo que hacemos,
en vez de disfrutar despaciosamente de la vida.
Hemos de ser los primeros en tener lo último,
queremos responder a todo lo que se espera de nosotros,

tenemos en nuestra mente una fantasía de omnipotencia,
de perfección, como padres, hijos, trabajadores o amigos.
Y todo ello hace que vivamos vacíos de tanto correr,
de tanto llenar nuestra agenda de cosas y prisas.
Tú nos invitas a ser los dueños de nuestra vida,
a no dejarla en manos de cualquiera,
a no gastarla tontamente en lo que no llena,
a volcarnos del todo en el momento presente,
con toda nuestra capacidad de amar
y toda nuestra posibilidad de crear y de gozar.
Hemos sido tentados como tú
y nos hemos dejado seducir, hasta hoy...
Pero estamos a tiempo de pedirte ayuda,
para seguir tu camino y vivirlo contigo,
para elegir la vida, el detalle, la sonrisa,
la oración, el apoyo, la justicia y tu amor.
Hoy comienzo contigo... No me dejes, Señor.

(Mari Patxi Ayerra y Álvaro Ginel)

UN RETO: ORAR PARA VIVIR CON UN ESPÍRITU NUEVO (Pascua de 1995)

Queridos amigos: paz y bien.

Un año más, la familia cristiana ha celebrado la Pascua en fraternidad de hermanos, desde distintos estilos, pero con un mismo talante y espíritu.

Cada uno, desde la realidad personal y comunitaria que le ha tocado vivir, ha disfrutado de la maravilla extraordinaria de un Dios hecho hombre; que se ha manifestado cercano con los pecadores (penitencia-reconciliación), que se nos ha dado como alimento-servicio (eucaristía), que ha entregado su vida para nuestra salvación y la de todos los hombres (muerte) y, finalmente, ha resucitado glorioso (Vigilia Pascual); para ser Señor de nuestra historia y del mundo quebrado y roto, construyendo vida nueva y enviándonos (confirmación) a ser sus testigos allí donde vivimos.

Ante un mundo en crisis, y ante nuestras propias crisis, él nos ha iluminado y nos ha señalado el camino por donde seguir sus pasos, de modo que, una vez rehabilitados, andemos como criaturas nuevas, con una espiritualidad nueva, la de los hijos de Dios. «¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios?» (Rom 8,31-34). Nosotros somos testigos de que se pueden ver las cosas desde otra perspectiva, para eliminar nuestros complejos y miopías, superando las crisis de encerramiento y saliendo al encuentro de las nuevas realidades eclesiales, sociales, familiares y comunitarias; siendo conscientes de que el que no avanza, retrocede. Él nos precede en Galilea, y solo con ojos limpios es posible reconocerle resucitado. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios», y «no busques entre los muertos al que vive. Ha resucitado». Recordamos a san Pablo, que nos dice: «Olvidándonos de lo que queda atrás nos ponemos en camino hacia lo que está por delante».

Un reto nos queda en el horizonte de nuestra vida, que retomamos o tomamos con nuevo brío: *orar para vivir*.

La principal escuela para aprender a orar es orar al Maestro, con mayúscula —ya sabes quién es—; ahora, con o sin maestros, comienza tu tarea. Sabes orar. Sabes lo suficiente. No te líes tanto. No esperes a saber orar. A orar se aprende orando. Mira que lo tienes fácil en tu comunidad, en tu casa, en tu trabajo... La Palabra la tienes a tu alcance siempre, léela...

Deja cada día todo un rato para estar con Jesús, déjate amar, ámalo... La oración buena no es la que «sale» bien, sino aquella en la que ponemos mucho amor, mucha dedicación, mucha constancia y mucha entrega. Deja de oír tanta explicación de oración y ora. Vale más hacer oración que oír o leer o dar explicaciones.

Lo difícil de la oración es ponerse a orar. Cuesta ponerse. Justo en ese momento siempre surge algún quehacer a mi alrededor o en mi mente. Siempre hay una llamada que hacer o un examen que preparar, ¿y dónde dejamos el ser? No busques artimañas de espiritualidad. Esta noche tengo que preparar no sé qué, mañana no sé cuál... Deja que Dios sea Dios.

Las crisis vienen porque estamos todos muy ocupados y tenemos siempre cosas que hacer, y por lo visto todas son más importantes que la oración. Pongámonos todos a hacer oración sin dilación ni excusas.

«Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa». Nadie da lo que no tiene. De ahí que sería un engaño hacer oración solo en Pascua o los días de encuentro y convivencias. Si quieres vivir en cristiano, ora. Si para aprender a sumar no hace falta ser un especialista, para orar no hace falta ser doctor en la oración. Es preferible saber menos y orar más. Pocas cosas aprendidas son suficientes. «Una cosa te falta, deja lo que tienes y sígueme». Para eso, disciplínate, aunque la disciplina sea antipática, porque, si no, no tenemos tiempo ni ganas. Estudiar supone muchas horas, y no somos especialistas. Supone tiempo y tiempo. El problema está en decidir cuánto tiempo dedico a la oración para clarificar mis propias crisis y vivir «en espíritu y en verdad».

Francisco es un hombre hecho oración y canta agradecido al Dios de la vida:

Oh, alto y glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi corazón
y dame fe recta,
esperanza cierta
y caridad perfecta,
sentido y conocimiento, Señor,
para que cumpla tu santo y
veraz mandamiento.

Gracias a todas las comunidades, parroquias y hermanos que nos han acogido.

*Feliz Pascua de resurrección.
Cantad al Señor un cántico nuevo, ¡aleluya, aleluya!*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. La Palabra de Dios la tienes siempre a mano. ¿La lees, meditas, contemplas, la llevas a la vida?
2. En tiempos de incertidumbre es más necesario orar sin interrupción. ¿Cómo cuidas la espiritualidad: «vivir en el espíritu», en estos tiempos recios? ¿Qué medios utilizas?

Rincón orante

Señor, Señor

Señor, Señor, tú antes, tú después, en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior;
tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir;
tú en todas las transfiguraciones y en todo el padecer;
tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;
tú en el beso primero y en el beso postrer.

Tú en los ojos azules y en los ojos oscuros;
tú en la frivolidad quinceañera y también
en las graves ternezas de los años maduros;
tú en la más negra sima, tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: «¡Yo creo!».
¡Y con cada fe muerta se agiganta mi fe!

(Amado Nervo)

CRECER EN LA IDENTIDAD CRISTIANA-FRANCISCANA (Pascua de 1996)

Queridos amigos: paz y bien.

Un año más, con la fuerza del Espíritu Santo, el Señor nos ha concedido la gracia, el regalo extraordinario, de retirarnos a nuestro santuario interior para hacernos un chequeo espiritual en estos días de encuentro comunitario, donde la presencia de Jesucristo se ha hecho más cercana, si cabe, en la presencia de los hermanos, en la eucaristía, en el paso a paso de su muerte y resurrección, en las pequeñas huellas de su presencia, la creación –que hemos contemplado estos días más despacio–, al igual que en los servicios, detalles y virtudes domésticas.

Creer en la identidad es hacer adulta nuestra experiencia bautismal siendo hijos en el Hijo, hermanos en la filiación, pues por pura gracia hemos sido sacados de la esclavitud para ser, en verdad, hijos de Dios por el sello comunitario que hemos recibido del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; por eso, como cristianos, siempre vamos con amigos.

Llamados a la comunión en permanente crecimiento:

- como iniciación;
- como proceso y profundización; como enraizamiento;
- como desembocadura.

Comunión en la fraternidad de hermanos que estamos haciendo, aunque nunca del todo realizada por la esclavitud del pecado, desde una opción libre y responsable (adulta), de vivir una auténtica Iglesia, comunidad de hermanos llamados a vivir la fraternidad como utopía realizable, del proyecto de las bienaventuranzas, vivido por la tradición cristiana desde tantos siglos y legado a nosotros como cadena itinerante de testigos, que todo lo hacen no a su gusto, sino desde el degustar de Dios y de los hermanos, en una caridad y amor sin límites (1 Cor 13).

En esta Pascua se nos invita a superar nuestro egoísmo, que tiende a dividir, a separar y a crear parcelas, olvidándonos que por don somos llamados a convivir con personas a las que se quiere, renunciando a parte de mi yo en beneficio de una mayor entrega a Cristo y a mis hermanos. Todo esto se llevará a cabo si «permanecemos en el amor»; ya que la familia trinitaria ha puesto «su morada» dentro de nosotros, para que vivamos unidos en el mismo amor.

Si esta familia de los hijos de Dios ora también unida, permanecerá unida, como los sarmientos a la vid, creciendo en anchura, longitud y profundidad, como nos recuerda san Pablo, para quien su vivir es Cristo, y este, como dice Francisco, «pobre y crucificado».

El crecimiento en el ser cristiano supone dejarse educar por el Dios de Jesucristo, que nos hace libres en la medida en que nos dejemos moldear por su amor. Francisco decía: «Dios mío y todas mis cosas». Si Dios ama al que da con alegría, solo podremos ofrecerla si la tenemos, y, como María, queremos dar el corazón a Dios a través de la fraternidad, que nos ha acogido y nos invita a mirar al modelo, Jesucristo, que estos días se ha hecho de nuevo el encontrado, como con los discípulos de Emaús (Lc 24) o en el encuentro con el hijo pródigo (Lc 15).

Todo crecimiento supone ajustarse a los signos de los tiempos para vivir el Evangelio con limpieza de corazón:

- Conservando la Palabra como alimento que nos enriquece y nos cuida del mundo consumista y roto.
- Viviendo aquello que hemos aprendido y han visto nuestros ojos, por el don incomparable del amor servicial que hemos conmemorado estos días.
- Anunciando con la vida aquello que creemos por la fe iniciada, procesual, profundizada, arraigada y desembocada en la vida fraterna. Anunciando también con la palabra lo que nos ha salvado, hablando a los hombres en nombre de Dios, desde la oración y la evangelización.

Si tanto nos ha amado el Padre para darnos a su Hijo, ya nada nos separará del amor de Dios, cuando permanentemente volvemos los ojos a él para descubrir en el Padre-Madre entrañas de misericordia.

Si el egoísmo divide, el Evangelio nos reúne en torno al Maestro. Esto lo hacemos traducible en los encuentros periódicos con nuestros hermanos de catequesis, catecumenados, grupos o comunidad. Como compromiso liberador de ser creadores de fraternidad, en los múltiples detalles de la vida ordinaria, orientados al servicio del Reino, pues si Jesús, Maestro y Señor, nos ha lavado los pies (Jn 13), también nosotros debemos lavarnos los pies unos a otros.

Esta es la Pascua del crecimiento, del darse para liberarse. Esta es la Pascua del crecimiento como camino y proceso, que te va liberando de las pequeñas esclavitudes.

Estamos «empistados» y acompañados, no tengamos miedo al silencio que, como el grano de trigo, crece sin que nos demos cuenta. Apoyemos nuestro corazón, purificado en la reconciliación, en el corazón de Dios, que es

amor, y seamos fraternidad seglar en crecimiento, haciendo Iglesia, familia, comunidad doméstica, es decir, unida, fraterna, reconciliada, viviendo con las personas que queremos y podríamos querer más, renunciando en Cristo a todo aquello que suponga separación, división.

Gracias demos a Dios, que nos ha convocado a ser hermanos con proyecto y compromiso cristiano. Ojalá conservemos la vocación que hemos recibido y acrecentemos libremente la opción que hemos tomado de formar comunidades fraternas.

Nos recuerda Pablo en la carta a los Efesios (cap. 4) que, si vivimos según la verdad y el amor, creceremos de todas maneras hacia aquel que es la Cabeza, Cristo. Que cada uno, con su actitud propia, crezca en ese amor.

Que esta Pascua aumente en todos y en cada uno de nosotros la calidad de vida comunitaria y fraterna, para que, como el árbol, crezcamos permanentemente para no morir. «Mirad el árbol de la cruz», y desde él podemos cantar esta mañana de Pascua, revestidos del hombre nuevo, que Jesucristo resucitado es el único Señor, Maestro y Modelo. A nosotros nos toca seguir el camino del amor, dando gracias a Dios por ser hijos de la luz y producir los frutos de la bondad, la justicia, la verdad, bajo todas sus formas, buscando ver lo que agrada al Señor. Por eso dice el Apóstol: «Tú que duermes, despiértate, levántate de entre los muertos y la luz de Cristo brillará sobre ti» (Ef 5,12-14).

Agradecemos a todos aquellos que han hecho posible esta Pascua. Cuando lleguemos a nuestra comunidad de origen encontraremos un lema esperanzador:

Como un amanecer, todo por hacer.

Un abrazo a todos y a cada uno.

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. Narra el itinerario de crecimiento en tu identidad cristiana: iniciación, profundización, arraigo y desembocadura. ¿En qué momento te encuentras?
2. ¿Qué papel ocupa María en tu proceso de identidad? ¿Quién te acompaña en este itinerario y cómo lo anuncias cada día?

Identidad cristiana con estilo evangélico y fraterno

Una identidad cristiana con estilo evangélico y fraterno cuida:
la escucha más que el argumento;
la aventura de la fe más que la seguridad institucional;
la reconciliación más que la perfección;
la honradez más que el cumplimiento;
la gratitud más que el mérito;
la paciencia más que la violencia;
la búsqueda más que la posesión;
la acogida más que la defensa;
la generosidad más que el ahorro;
lo cotidiano más que lo extraordinario;
el silencio más que las prisas;
lo posible más que lo mejor;
la oración más que la excusa;
la experiencia más que la erudición;
la humildad más que la brillantez;
los gestos de amor de hoy más que los planes del futuro;
la universalidad más que la discriminación;
la confianza en Dios más que en nuestras obras;
el bien común más que el privilegio;
la entrega más que el miedo;
la alegría y el gozo más que la obsesión;
la misericordia más que la condena;
la espera más que la selección;
la ternura más que el tener razón;
la vida más que la mortificación;
la personalización como discípulo más que el ajeteo como cliente;
la salvación acogida más que merecida;
la fraternidad abierta más que el grupo cerrado;
la transformación social más que la crítica inoperante;
la humildad más que la superioridad;
la Palabra de Dios más que todas nuestras palabras;
la referencia a Jesús más que cualquier pertenencia.

(Adaptado de un texto de José Ramón Urbieto)

JESUCRISTO ES EL ÚNICO SEÑOR DE LA COMUNIDAD (Pascua de 1997)

Estimados amigos: paz y bien.

Un año más, el Señor nos ha concedido la gracia de vivir la Pascua en fraternidad de hermanos, en el seno de nuestra madre la Iglesia, que nos ofrece los misterios del Reino, para enriquecimiento y alimento de nuestro crecimiento cristiano, una vez que fuimos revestidos por Cristo en el bautismo y nos configuramos como criaturas nuevas en la fe, la esperanza y la caridad. Lo vivimos todo como acontecimiento permanentemente nuevo de muerte y resurrección.

Nuestra vida joven inicia un camino en la fe con ilusión nueva, confesando a *Jesucristo como único Señor de la comunidad*.

A las realidades de la vida ordinaria hemos de llevar la impronta de esta Buena Noticia. Diariamente nos encontramos con las mismas realidades y situaciones. Nos levantamos, nos encontramos con las mismas personas, transitamos por las mismas calles. El teléfono, el fax, el ordenador transmiten parecidos mensajes. Y también diariamente encontramos nuevo lo que debería ser más viejo.

Solo en momentos determinados, y por múltiples razones, caemos en la cuenta de una amplia serie de realidades que llevan tiempo esperando para que nos fijemos en ellas. Esta Pascua es uno de esos acontecimientos que debe marcar en nosotros la impronta evangélica de vivir en permanente conversión como llamada que nos hace el evangelista san Marcos.

Desde esta actitud podremos confesar, como Pedro, el apóstol: «Tú eres el Mesías». Se trata de que, después de estos días de encuentro, convivencia y relaciones fraternas, recordando y viviendo el memorial de muerte y resurrección, nos recordemos que entre la repetición y la novedad pasan las personas, el día a día. Y cada una de esas realidades suscita pensamientos, afectos, sentimientos, decisiones y acciones concretas que forman nuestro ser y quehacer en la existencia de cada día. No se le sigue a Jesús solo en Pascua, sino en la vida ordinaria, en las alegrías y problemas de cada día. Todos caminamos entre la identidad del ser creyentes hoy y la novedad de vivirlo con nuevas ilusiones y esperanzas. Todos caminamos, pero no todos por el mismo camino.

Que todos nos levantemos de la misma forma. Que todos lleguemos a nuestras tareas, puestos de trabajo o estudio, no quiere decir que hagamos lo

mismo ni en idénticas circunstancias y condiciones, y que todos comamos diariamente no quiere decir que comamos lo mismo. Esto indica que cada uno tiene que recorrer su camino, con problemas distintos, pero embarcados en el mismo proyecto. Hacer nuestro el Evangelio y vivirlo según el estilo de vida de Francisco de Asís, dentro del proyecto de vida del Grupo de San Francisco de nuestras respectivas comunidades, catecumenados, catequesis...

Algo común a todos es vivir en comunidad en la vida cotidiana, aunque cada uno viva distintas circunstancias y realidades... No es lo mismo acudir todos los días a la compra con la cartera llena que sin cartera o con unas monedas en la mano. Todo un camino para compartir y hacerse el encontradizo, como Cristo resucitado con los discípulos de Emaús.

¿Cómo vivir «en pascual»? La gran noticia es: Cristo ha resucitado. Es la noticia que en la noche anhelamos vivir todos los días, viviendo desde lo ordinario como si fuera extraordinario.

La Iglesia nos invita a todos a comunicar esta vida, que transforma por dentro y alienta a los de fuera. Nos toca a nosotros ahora dar «solemne testimonio». Presentarnos ante el mundo como hombres resucitados, creadores de fraternidad nueva y renovada por el Espíritu. Pascua es lo nuevo y Cristo es el hombre nuevo. Acabó la rutina y el miedo. Acabó la individualidad para cambiar y navegar juntos en la dirección que el Espíritu sugiere a la Iglesia con la energía que alienta y renueva.

Caminar día a día con nuevos hermanos, acompañando con ilusión más allá de la oscuridad. La luz del Resucitado nos da vida en abundancia.

Un grupo de hermanos itinerantes y peregrinos, pequeños y pobres, animadores y catequistas, catequizandos y catecúmenos, grandes y pequeños, Pueblo de Dios en marcha. Todos lanzados al encuentro del Padre en fraternidad de hermanos, en racimos, como cerezas, que nunca van solas, al encuentro del Padre que acoge, acompaña y envía. Convertidos por amor y misericordia, y enviados a ser testigos de savia nueva, buena, ardiente, joven y manifestada en gestos de paz y solidaridad, abrazados a todas las generaciones.

Un saludo fraterno a todos los que nos han acogido y recibido en sus casas, fraternidades, diócesis...

*Que el Señor resucitado nos bendiga,
para ser instrumentos de paz y reconciliación,
en solidaridad con todos los pueblos,
especialmente los más pequeños y necesitados.*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cómo vivir el seguimiento de Jesús en la vida cotidiana confesando la certeza de que él es el único Señor?
2. Vivimos en comunión desde la unidad y en diversidad. Describe las fortalezas de este testimonio cristiano.

Rincón orante

Haznos una comunidad alegre

Señor Jesús,
danos una comunidad abierta,
confiada y pacífica,
invadida por el gozo
de tu Espíritu Santo.

Una comunidad entusiasta,
que sepa cantar a la vida,
vibrar ante la belleza,
estremecerse ante el misterio
y anunciar el reino de tu amor.

Que llevemos la fiesta en el corazón,
aunque sintamos la presencia del dolor
en nuestro camino,
porque sabemos, Cristo resucitado,
que tú has vencido el dolor y la muerte.

Que no nos acobarden las tensiones
ni nos ahoguen los conflictos
que puedan surgir entre nosotros, porque
contamos –en nuestra debilidad–
con la fuerza creadora y renovadora
de tu Espíritu Santo.

Regala, Señor, a esta familia tuya,
una gran dosis de buen humor,
para que sepa desdramatizar las situaciones difíciles
y sonreír abiertamente a la vida.

Haznos expertos en deshacer nudos
y en romper cadenas,
en abrir surcos y en arrojar semillas,
en curar heridas y en mantener
viva la esperanza.

Y concédenos ser, humildemente,
en un mundo abatido por la tristeza,
testigos y profetas de la verdadera alegría.

(Ángel Sanz Arribas, cmf)

EL ESPÍRITU DEL SEÑOR NOS DA BUENAS NOTICIAS (Pascua de 1998)

Estimados amigos y hermanos: paz y bien.

El Espíritu del Señor no deja de presentarnos a Jesús como «el Mesías» (san Mateo), o como «el Hijo de Dios» (san Marcos), o como «la Palabra» (san Juan). Esta Pascua, el evangelista san Lucas nos presenta al Espíritu de Jesús como «el Señor», desde los relatos de la infancia (Lc 2,10-11) hasta las narraciones de las apariciones (24,3-34).

A lo largo del tiempo de la Iglesia, el Espíritu del Señor nos da las buenas noticias de cómo funcionar en comunidad, desde la celebración, la misión, la catequesis y la diaconía (servicios), siendo testigos del Señor hasta los confines de la tierra.

Esta inmensa generación de testigos nos ha comunicado a nosotros la fe, que hemos aceptado y nos ha hecho «hijos de Dios» y «amigos de Dios» (Teófilos). Es decir, buscadores de una amistad auténtica que nos lleve a seguir a Jesús cargando con la cruz, hasta dar la vida, entregándonos totalmente a los compromisos que hemos adquirido libremente. El Evangelio nos lleva a vivir, desde la oración, en una auténtica coherencia interior a través de la práctica de la misericordia-ternura de Dios; más para vivirla desde el corazón que para aprenderla desde la razón. Desde hace algunos años venimos celebrando el Triduo Pascual en comunidad de hermanos a través de la Pascua juvenil y adulta, donde hemos degustado el buen «sabor de Dios», la Buena Noticia, que queremos ir comunicando a los compañeros, amigos y hermanos alejados, o «despistados», o neutralizados por la sociedad del bienestar.

En esta Pascua, la enseñanza del Espíritu del Señor ha afectado toda la existencia cristiana y no hemos dejado grietas, sino que nos ha llevado a vivir en oración, sinceridad, pobreza, servicio, conversión, misericordia, renuncia, humildad, corrección fraterna, responsabilidad y, sobre todo, amor (Lc 10,27).

Cada año damos un paso más para vivir la Palabra de Dios, no desde la neutralidad, sino desde el conflicto que supone celebrar la Pascua de Jesús, que, como hemos visto, emprende de modo decidido el camino del calvario hasta la muerte en cruz. Pero la muerte no significa la última palabra, porque, el primer día de la semana, las mujeres se encuentran en el sepulcro

a dos hombres vestidos de blanco que les dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ¡Ha resucitado!». Por eso encontraremos a la vuelta del encuentro pascual este lema: *Está aquí, busca el corazón de los sencillos.*

¿Cómo descubrirlo? Presento tres actitudes que hemos de trabajar, con la fuerza del Espíritu, a lo largo del año:

1. *Jesús es el Señor, que actúa desde la misericordia*, es decir, desde la capacidad de entregar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano. Entonces me convertiré en Buena Noticia; cuando en la vida cotidiana me dé a los próximos de mi familia, del barrio, de la comunidad, de la Iglesia... para poderme dar «hasta los confines de la tierra». Esta actitud misericordiosa pasa siempre por el esfuerzo de arrancar algo de mí para que sirva al crecimiento humano del otro, de los otros. Esto no podrá hacerse si no es desde una profunda oración que nos ayude a dar pasos en los compromisos temporales, progresivos, y en los compromisos adultos de vivir desde el Señor en comunidades fraternas, reconociendo misericordiosamente, como el hermano Francisco, que «el Señor me dio hermanos».

2. *María es la mujer que mejor encarna la actitud de la humildad*, para captar el sentido profundo del Evangelio: el Señor «ha puesto los ojos en la humildad de su esclava» (Lc 1,48).

La humildad es reconocer la vida teniéndonos por poca cosa o considerándonos inferiores a los demás. Gastamos muchas energías comparándonos con los demás.

El humilde es aquella persona que, viviendo en la tierra, está con los pies en el suelo. Es decir, somos humildes cuando nos miramos a nosotros mismos, a los demás y a las cosas desde lo que son, y no como nos gustaría a nosotros que fuesen. Solo el humilde tiene valentía y se acepta porque no tiene miedo al saber de quién se ha fiado. Desde ahí discierne las situaciones que necesitan conversión para encontrarse con el Resucitado. Solo el humilde prescinde, «relativiza» las cosas por lo único importante: *la opción por el Reino de Dios y su justicia.*

3. La última actitud es la de pedirle al Señor la *pobreza necesaria para vivir el Evangelio* como Buena Noticia: «... a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despidе vacíos» (Lc 1,21). Esto supone *tener una extraordinaria amistad con Dios*, haciéndonos amigos de él y de su Espíritu, Señor y dador de vida. Se trata de vivir en humildad haciendo realidad la bienaventuranza de la pobreza. Es entonces y solo entonces cuando leeremos a san Lucas con ojos de fe y con una gran confianza de *ser miembros de la Iglesia*. Iglesia que opta por

los pobres, que es misericordiosa, que busca desde la profecía y el testimonio. Desde ahí es acogida por el Espíritu, y ella, a su vez, acoge a los hermanos, a los que quiere, ama y perdona.

Gracias a todos y a cada uno por todo lo que sois y lo que hacéis. Gracias a las comunidades, del mundo rural y del urbano, que nos han acogido. Gracias a los niños, jóvenes, adultos y ancianos, presentes y ausentes. Entre todos hemos hecho posible, al estilo de Francisco de Asís, esta Pascua, con la fuerza del Espíritu Santo. Desde la sencillez y la alegría franciscanas tratamos de vivir el Evangelio «sin glosa». Cada día será nuestra Buena Noticia, que recibiremos y ofreceremos, como hermanos menores, para confesar nuestra fe comunitaria: *está aquí. Busca el corazón de los sencillos*. Nosotros lo «hemos visto y oído», es verdad: *el Espíritu del Señor nos da buenas noticias*. Gracias.

Un abrazo fraterno, humilde, misericordioso y pobre (pequeño).

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cómo hacer evangelizadores «con espíritu» hasta los confines del mundo? ¿Cuáles son tus confines?
2. ¿Qué cuestiones tendríamos que relativizar para que apareciera más clara la Buena Noticia de Jesús? ¿Cómo testimoniar la misericordia entrañable en minoridad y pobreza?

Rincón orante

*Dirijo mi oración a ti, Dios mío,
para que me envíes tu Espíritu*

Oh Dios, te pedimos hoy tu Espíritu.
Que él sea para nosotros
como un *fuego* ardiente y luminoso
que ilumine nuestras tinieblas y reavive nuestro amor.
Que sea para nosotros como un *hálito suave*
que nos consuele
y nos tranquilice en nuestra pusilánime agitación ante el futuro.

Que sea para nosotros como una tempestad que purifique el aire.
Que sea para nosotros como agua que haga brotar nuevas plantas
y flores tras la sequía.

Oh, Señor de nuestra vida y de nuestra historia,
que tu Espíritu nos demuestre que la *antigua misión*
que tú nos diste realmente
pueda también transformar el mundo *en estos tiempos nuevos*.

(Hermann Schalück, ofm)

ABRAZO DEL PADRE, ENCUENTRO DE HERMANOS (Pascua de 1999)

Comenzamos con un itinerario

A lo largo del itinerario cuaresmal hemos visto que «Dios es Padre con entrañas de amor», y su mensaje nos ha acercado a la sabia locura del Evangelio cuando Jesús se enfrenta a la tentación (Mt 4,1-11); cuando se transfigura y escucha del Padre: «Este es mi Hijo, el amado, escuchadle» (Mt 17,1-9); cuando a la mujer samaritana le dice: «Yo soy el agua viva» (Jn 4,5-42), o cuando dice al ciego de nacimiento: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 9,1-41), para concluir con la resurrección de Lázaro: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,1-25). El Domingo de Ramos escuchamos la pasión según san Mateo (Mt 25-26), en la que recordamos existencialmente que Dios es Padre misericordioso. A través del sacramento de la penitencia hemos acogido su amor pasando de la vida al perdón; de la palabra al compromiso, sintetizando nuestra vida en la confesión de fe del padrenuestro, que nos ha convocado para orar con libertad con las palabras que el Maestro nos enseñó ante la petición de los discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1-2).

La historia viene de atrás y camina hacia adelante

El abrazo del Padre se ha manifestado ya desde el Antiguo Testamento en expresiones como esta: «¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella te olvide, yo no me olvidaré» (Is 49,14-15). El amor de Dios a su pueblo hace que no le pueda ver sufrir. La comprensión de Dios se hace presente en sus imágenes llenas de ternura: «Con vínculos humanos, con lazos de amor le atraía» (Os 11,4; cf. Sal 103,13). El Evangelio de san Mateo, que nos ha acompañado durante la Pascua, expresa la esperanza y solicitud de Dios por sus criaturas: «Mirad los pájaros: ni siembran ni siegan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? [...]. Fijaos cómo crecen los lirios del campo [...]. No andéis agobiados [...]. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso» (Mt 6,26-32; cf. 10,29-31). Todo el Evangelio

transcurre en un clima de confianza filial en su amor providente (7,11). Jesús nos invita a fijarnos en el amor del Padre e imitar su actitud misericordiosa (5,45; 5,16; cf. Lc 6,36).

Abrazo misericordioso del Padre

Dios, rico en misericordia, compasivo y tierno, se preocupa a través de Jesús por el corazón humano, reconciliando al hombre con Dios, consigo mismo y con los demás: «Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor» (Lc 7,47). Por eso Jesús exige a sus discípulos que nos dejemos guiar por el amor y la misericordia, el amor que es el mandamiento más grande (cf. Mt 22,38). El Padre de la misericordia quiere darnos el abrazo de reconciliación a través de los labios y las manos de los sacerdotes en el ministerio del perdón, actuando en representación de Cristo, en su misión de reconciliar a los fieles que caen en pecado, y con la ayuda gratuita del sacramento al dar el abrazo de paz.

El sacramento de la penitencia es el signo eclesial del perdón de Dios, por eso somos invitados este año a redescubrir el valor esencial de este sacramento como respuesta del amor del Padre de la misericordia (cf. Lc 15).

Amor de encuentro con los hermanos

Hemos celebrado esta Pascua con el deseo de ahondar en nuestra experiencia de vida fraterna, creando comunidad desde el reencuentro con el Padre nuestro (Mt 6,9-13), que a todos nos une y nos lanza a la misión de crear «comunidades fraternas», pidiéndole cada día el pan y el perdón para reconciliarnos con los que nos ofenden, porque suyo es el reino, el poder y la gloria por siempre (*Didajé*).

Esas traducciones hemos de hacerlas nosotros a nivel personal y comunitario, como es el Dios al que amamos, queremos y rezamos: «Padre nuestro» (Dios comunitario), para desde ahí ser imitadores de Dios como hijos queridos y viviendo en el amor (cf. Ef 5,16).

La vida comunitaria se refiere a Dios, en primer lugar, en el mandamiento nuevo (cf. Jn 13,34; 15,12), y al prójimo, porque todo lo que hagamos o dejemos de hacer a los pequeños lo hacemos o dejamos de hacer al propio Cristo (cf. Mt 25,40-45). Hemos recibido de Dios este mandamiento: «Quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4,20-21; cf. 3,17).

El amor de Dios resucitado en Jesús se revela en la vida

Estamos viviendo la celebración intensa de la vida. La vida que celebramos en la Vigilia Pascual, que se despliega cada día. Donde hay vida, hay muerte, pero cuando la muerte es generosamente entregada, siempre hay vida. La vida es para entregarla. Jesús entrega la vida voluntariamente: «Nadie me quita la vida, sino que la doy libremente» (Jn 10,17-18). «Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos» (Rom 4,24). Así se revela como Dios de la vida, que reacciona frente a la vida, que se quita y se pone a favor de la vida, que se da. Celebrar la Pascua es un modo de vivir con Dios en encuentro de hermanos; es una mentalidad que alienta lo más humano de nuestra historia. Los cristianos hemos sido bautizados en la muerte y resurrección de Jesús, y por eso sabemos que podemos vivir una vida resucitada y resucitadora. Nuestra esperanza comunitaria tiene un nombre: el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; y un camino: el de Francisco de Asís, cantor de Dios, el buen Señor. Caminamos en esa itinerancia y con esta familia comunitaria. Desde ahí estamos prontos para «dar razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3,13).

El abrazo de Dios se ha manifestado en Jesucristo resucitado. Él es nuestra Pascua... Nosotros somos pascuales en los encuentros con los hermanos, viviendo este don con alegría y dispuestos a cumplir la misión que nos encomienda el Resucitado: «Id al mundo entero y anunciad el evangelio» (cf. Mt 28,16-20).

A todos los que nos habéis acogido, gracias. Con Francisco creamos fraternidad; todos cabemos en este don que el Señor nos da: los hermanos. Toda una expresión del amor de Dios.

¡Vive en clave de Pascua, hermano!

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. La vida es para entregarla. Cuando el amor se guarda, se corrompe. ¿Cómo vivir reconciliados a través del sacramento del perdón para ser criaturas al servicio de los demás?
2. ¿Cómo vivir la alegría del perdón desde el abrazo del Padre? ¿A quién tienes que perdonar y abrazar? ¿Podrás dar razón de tu esperanza sin el perdón?

Oración de la misericordia

Señor Jesucristo,
tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve lo ve también a él.
Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.
Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo
y a Mateo de la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad
solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el paraíso al ladrón arrepentido.
Haz que cada uno de nosotros escuche
como propia la palabra que dijiste a la samaritana:
«¡Si conocieras el don de Dios!».
Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo
con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de ti,
su Señor, resucitado y glorioso.
Tú has querido que también tus ministros
fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión
por los que se encuentran en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado,
amado y perdonado por Dios.
Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción,
para que la misericordia sea una gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo,
llevar la Buena Nueva a los pobres,
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos
y restituir la vista a los ciegos.
Te lo pedimos por intercesión de María,
Madre de la Misericordia,
a ti, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.
Amén.

(Adaptación de una oración del papa Francisco)

SENTADOS EN TORNO A LA MESA... PARA VIVIR LA COMÚN-UNIÓN

(Pascua de 2000)

Queridos amigos: paz y bien.

En un cambio de época como la nuestra, nosotros nos hemos reunido esta Pascua para celebrar el acontecimiento de Jesucristo resucitado. Es verdad, ¡ha resucitado, resucitemos con él, aleluya!

Teníamos necesidad de recuperar los caminos de Dios, que en momentos de crisis se desdibujan, para recrear nuestra fe cristiana, vivida desde la experiencia de una fraternidad convocada en torno al pan y al vino, que reconfortan en el camino.

La vida de los creyentes jóvenes necesita una nueva encarnación de Jesucristo si se quiere ser fiel al Evangelio, que san Juan evangelista nos presenta como amor y como vida: «He venido para que tengan vida, y la tengan abundantemente». Nos hemos puesto en camino para escuchar en el cuarto Evangelio las palabras de Jesús: «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo». ¿Cómo? Lavándoles los pies, gesto de servicio sencillo, humilde, personal, atento. «Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros, vosotros también los hagáis».

Si hemos descubierto esta experiencia pascual, se notará en nuestra vida, si vivimos la alianza de amor que él nos regala en la eucaristía como alimento eterno; por eso durará para siempre. Jesús dijo: «Haced esto en conmemoración mía».

Cada domingo, cada día si es posible, cada encuentro fraterno, cada reunión de catequesis, de trabajo, de relación con los demás en los distintos lugares donde nos movemos, él está vivo en nosotros y nos construye por dentro: «Solo él tiene palabras de vida eterna». ¿Tú crees esto? Si así es, vivirás y se notará en el ejemplo de servicios pequeños, sencillos, humildes, pobres... comenzando con los de cerca... Así hasta los confines de la tierra: tu tierra, tu casa, tu gente, tus movidas, idas y venidas...

Él te precede... Él va delante.

Se construye fraternidad sentados en la mesa común, pues la catequesis y los catecumenados y la vida fraterna educa y forma para llevar y conducir a la eucaristía, donde celebramos los frutos que vamos descubriendo a la luz de

la Palabra, cercanos a los pobres y en el seguimiento de Jesús, viviendo como Francisco de Asís «la sabia locura del santo Evangelio».

Desde la cruz, Dios, por su Hijo Jesús, el Señor, es crucificado con todos los crucificados de la tierra, y desde esta realidad comulga y abraza, comparte y asume nuestro dolor, fracaso, hundimiento, la muerte del hombre; porque si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto. Desde ahí se nos manifiesta el Dios que es simplemente amor, que se nos da y se ofrece.

Este paso de Dios por nuestra vida nos ha llenado, una vez más, de gozo pascual; allí donde hemos ido resucitando al Dios de la vida, comunicándonos con este Dios trinitario: el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Lo hemos descubierto en la ciudad y en el pueblo, en el mundo rural y en los márgenes. Hemos celebrado una victoria definitiva que da sentido a lo que hacemos a lo largo del año, de la vida... Nos toca ahora arraigarlo para que se desarrolle y dé mucho fruto. Es el tiempo de contagiar lo que «hemos visto y oído»; de colaborar con el plan de Dios en su afán de salvarnos para fomentar el bien y remediar el mal que no nos deja ser felices. Es la hora de amar lo próximo, creando cadenas de solidaridad, siendo instrumentos de paz, al estilo de Francisco, trabajando por una humanidad más libre, justa y fraterna. Buscadores y realizadores de la parábola de la fraternidad.

Esta Pascua, en nuestra fraternidad cristiana nos preside un cartel con el lema: «La esperanza de la tierra: comparte».

Esto es lo que te proponemos: que construyas una tierra habitable, familiar, cercana, para todos los seres de la tierra. Dejemos que Dios nos haga en Jesucristo, en esta Pascua de la común-uniión, porque entonces nos haremos como criaturas de Dios en esta tierra que queremos que sea nueva, como nuestro Dios es nuevo. Novedad de Dios vivida y celebrada.

Gracias a todas las comunidades que nos han acogido. Gracias a todos los hermanos que han puesto sus dones al servicio de la comunidad. Gracias a los catequistas de grandes y pequeños. Gracias a los animadores de catecumenados. Gracias a los sacerdotes, religiosos. Gracias a la comunidad fraterna.

Gracias a todos los hermanos de la fraternidad y todos sus colaboradores y cristianos que frecuentan o visitan la comunidad. Gracias a los que trabajan en silencio. Gracias a los de lejos, a los que hemos recordado como si estuvieran cerca. Gracias a todos los que han orado por nosotros en el silencio. Gracias, finalmente, a vosotros, jóvenes, que tenéis por delante el presente y el futuro.

Gracias, porque el Señor Jesús nos invita a todos a que confiemos como María: «Haced lo que él os diga».

Con Francisco nos comprometemos a ser mensajeros de paz y bien anunciando al Dios de la vida y Señor de nuestra historia en el «Año 2000 de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo».

*¡Feliz Pascua de la comunión de Dios con los hermanos!
¡Ha resucitado, ¿no lo notáis? Vívelo y compártelo!*

Cuestiones para pensar, dialogar y orar

1. ¿Cómo celebrar el domingo como día del Señor y de los hermanos? ¿Eres puntual a la mesa de la Palabra y de la eucaristía para dar gracias al Señor?
2. ¿A quién tendrías que agradecer todo lo que recibes? Indica personas, situaciones... ¿Haces lo que él te dice: «En conmemoración mía»?

Rincón orante

Tú eres, Señor, nuestro mejor alimento

Tú eres, Señor, nuestro mejor alimento.
Ahora que están de moda las recetas culinarias,
que todo el mundo busca alimentos energéticos,
con simplicidad en la adquisición y preparación,
al tiempo que vitaminicen y sean sabrosos,
los cristianos tenemos el tesoro de tu mesa.
Tú nos enseñaste a comer, que es compartir con los amigos,
que es hablar la vida, incluso con los que te traicionan,
que es disfrutar juntos y que haya de todo para todos,
para, al final, sentirse unidos, compañeros de camino
y constructores de unas relaciones sanas y una tierra nueva.
Tú que nos invitas a reunirnos en tu recuerdo
y a partir y repartir el pan unos con otros,
nos dejaste un mensaje, una misión, una tarea,
que es sentarnos a la mesa, unidos,
y hacer de la tierra entera una familia.

Cada vez que comemos tu cuerpo
nos comprometemos contigo,
confirmamos que queremos vivir a tu manera
y que nos unimos a toda la Iglesia, tu gente,
para cumplir tus sueños de amor y fraternidad.
El que come tu carne, el que comulga,
se aparta de otros alimentos nocivos.
Se aleja de la competitividad, no le sirve la prisa,
se aparta del poder y relativiza el prestigio.
Hazte, Señor, carne de nuestra carne y vida de nuestra vida.

(Mari Patxi Ayerra y Álvaro Ginel)

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Mons. Nicolás Castellanos	7
INTRODUCCIÓN	11
1. CRISTO RESUCITADO COMPROMETE AL CREYENTE (Pascua de 1984)	13
2. CRISTO ES LUCHA, CRECIMIENTO Y PROGRESO (Pascua de 1985)	17
3. LIBRES PARA LIBERAR DESDE CRISTO RESUCITADO (Pascua de 1986)	21
4. FRANCISCO DE ASÍS RENACIÓ EN PASCUA. ¿Y TÚ? (Pascua de 1987)	24
5. DESDE CRISTO RESUCITADO: LIBRES PARA EL COMPROMISO (Pascua de 1988)	27
6. RESUCITEMOS EN COMUNIDAD (Pascua de 1989)	30
7. NOSOTROS RESUCITAMOS AL SERVIR EN FRATERNIDAD (Pascua de 1990)	33
8. DIOS LE RESUCITÓ: OPTAMOS POR SUS VALORES (Pascua de 1991)	37
9. EN COMUNIDAD VIVIMOS LIBRES, DICHOSOS... Y COMPROMETIDOS (Pascua de 1992) ..	40
10. ID Y ANUNCIAD AL DIOS DE LA VIDA (Pascua de 1993)	43
11. NOS CONVERTIMOS A JESUCRISTO (Pascua de 1994)	47
12. UN RETO: ORAR PARA VIVIR CON UN ESPÍRITU NUEVO (Pascua de 1995)	51
13. CRECER EN LA IDENTIDAD CRISTIANA-FRANCISCANA (Pascua de 1996)	54
14. JESUCRISTO ES EL ÚNICO SEÑOR DE LA COMUNIDAD (Pascua de 1997)	58
15. EL ESPÍRITU DEL SEÑOR NOS DA BUENAS NOTICIAS (Pascua de 1998)	62
16. ABRAZO DEL PADRE, ENCUENTRO DE HERMANOS (Pascua de 1999)	66
17. SENTADOS EN TORNO A LA MESA... PARA VIVIR LA COMÚN-UNIÓN (Pascua de 2000) ..	70
18. CRISTO ENTRE LOS VIVOS Y LA MUERTE MUERTA (Pascua de 2001)	74
19. REMA MAR ADENTRO, EL SEÑOR SALE A TU ENCUENTRO (Pascua de 2002)	78
20. ANUNCIAD Y VIVID LA BUENA NOTICIA (Pascua de 2003)	82
21. EL ESPÍRITU DE DIOS VIENE A NOSOTROS, Y SE LLAMA COMUNIÓN (Pascua de 2004) ..	86
22. TOMAD, COMED, VIVID EN EL AMOR COMO RESUCITADOS (Pascua de 2005)	91
23. SUEÑOS Y ESPERANZAS EN JESUCRISTO RESUCITADO (Pascua de 2006)	96
24. EL SEÑOR RESUCITADO NOS ENVIÓ AL MUNDO PARA DAR TESTIMONIO (Pascua de 2007)	100
25. VEINTICINCO AÑOS VIVIENDO EN AMÉN Y UNA VIDA PARA CANTAR EL ALELUYA DEL EVANGELIO (Pascua de 2008)	105
26. MIRAMOS EL FUTURO CON CONFIANZA. TESTIGOS EN MISIÓN EVANGELIZADORA (Pascua de 2009)	111

27. ANUNCIADORES DE LA ALEGRÍA PASCUAL. PORTADORES DE PAZ Y BIEN (Pascua de 2010)	117
28. LLAMADOS A VIVIR, DESDE LA PALABRA, LA HONDURA DE LA RESURRECCIÓN (Pascua de 2011)	122
29. UNIDOS POR TU PALABRA (Pascua de 2012)	127
30. CREYENTES NUEVOS DESDE LA FE. ¡AMÉN, ALELUYA! (Pascua de 2013)	132
31. CRISTO HA RESUCITADO. ¡SEAMOS BIENAVENTURADOS! MÍRATE, ALÉGRATE Y SÉ FELIZ (Pascua de 2014)	136
32. JESÚS, CRISTO RESUCITADO, ALEGRÍA DE LA VOCACIÓN (Pascua de 2015)	142
33. APASIONADOS COMO EL PADRE (Pascua de 2016)	147
CONCLUSIÓN. MARÍA, MADRE Y MAESTRA DE LA COMUNIDAD	151